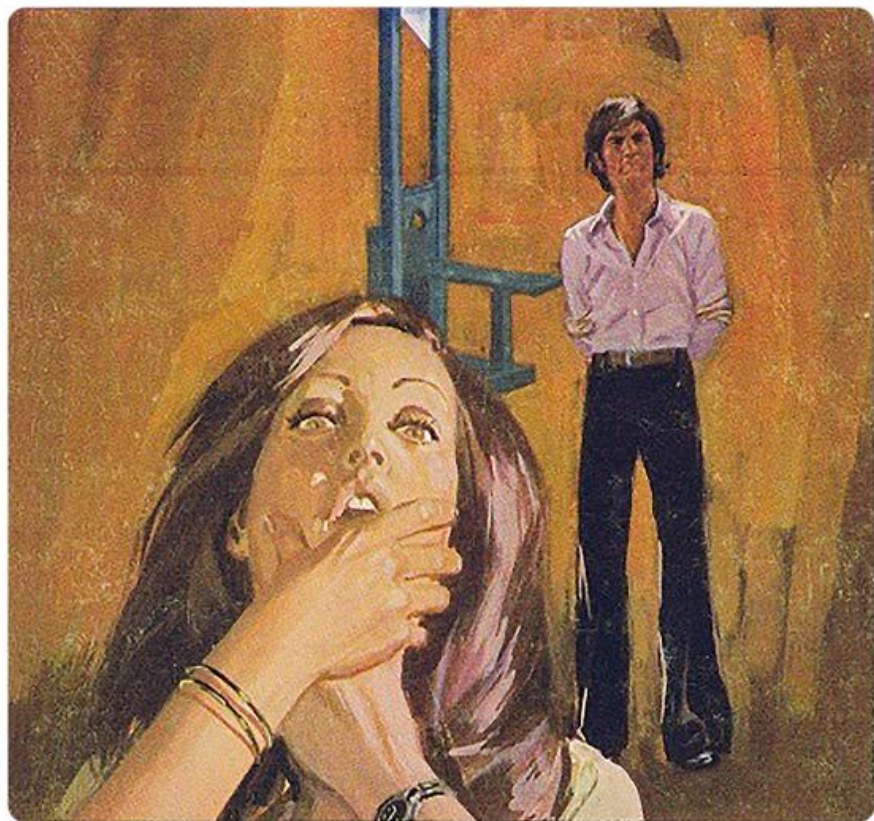




Curtis GARLAND

ANOCHÉ FUI EJECUTADO





eb

LOU CARRIGAN

ANOCHÉ FUI EJECUTADO

Colección LA HUELLA n.º 121
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2

Depósito legal: B 52319-1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: febrero, 1977

© Texto: Lou Carrigan - 1977

© Cubierta: Jorge Sempere

**Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974**

PRÓLOGO

Anoche fui ejecutado.

Anoche, exactamente. Una noche que ya era más bien madrugada, casi mañana. No sé, pero eso de decir, cuando es cierta hora avanzada, si es «de madrugada» o «de mañana», siempre me ha parecido un poco arbitrario. Para mí, era de noche. Porque estaba oscuro sobre París. Porque ni siquiera se veía el más leve reflejo del amanecer, allá en la distancia, tras los barrotes de las rejas de la prisión.

Pero sí. Era madrugada, exactamente. Casi la mañana, aunque las únicas luces visibles en la gran ciudad fuesen las del alumbrado público, los luminosos, los escaparates de las grandes vías, tan lejanas del sórdido lugar donde yo me encontraba...

De todos modos, para mí, siempre será así. Anoche... fui ejecutado. Ajusticiado en la guillotina, como dispone la ley.

Quizá nunca, nadie, ha escrito esta frase insólita y desconcertante: «Anoche fui ejecutado...». Seguro que no. Yo soy el primero que puede hacerlo, tras haber sido sacado de la celda de condenados a muerte, tras haber visto recortado el cuello de mi camisa por los funcionarios de la prisión, tras haber contemplado la espantosa visión del diabólico, trágico instrumento creado por *monsieur* Guillotin...

Sí. Todo eso sucedió, realmente. No estoy mintiendo. No me engaño a mí mismo, ni trato de engañar a nadie mientras escribo estas líneas que pueden parecer apresuradas y que, sin embargo, trazo con firmeza, con lentitud, con una absoluta, inexplicable y casi impresionable serenidad.

Yo, el ajusticiado, escribo estas líneas. Yo, Alain Villard, el decapitado en la guillotina, por el delito de asesinato..., escribo esta

historia. Una historia que, para muchos, habrá terminado anoche. En el momento justo de caer la terrible cuchilla sobre mi nuca.

Una historia que, para mí, para quien alguna vez lea mi sorprendente y compleja peripecia..., comenzó anoche. Está comenzando ahora... y sólo Dios sabe cuándo terminará.

Palabra. Éste no es el final. Es, solamente, el principio.

Y aun así... Aun así, anoche..., yo, Alain Villard, *fui* ejecutado.

PRIMERA PARTE

ANTES DE ANOCHE

CAPÍTULO PRIMERO

Fue un día especial para mí.

Creo que nunca había conocido a personas tan importantes, en tan corto espacio de tiempo. Casi llegué a sentirme importante yo mismo.

El doctor Marcel Giradoux, director general de la Fundación Giradoux, que creara su tío, Pierre Louis Giradoux, hacía ya algunos años, fue el encargado de hacer las presentaciones. Yo sabía ya de antemano que tendríamos huéspedes muy especiales aquella noche, pero nunca pensé que lo fueran tanto.

Me presentó inicialmente al hombre de aspecto gris y vulgar, incapaz de destacar en parte alguna entre la mediocridad del ciudadano medio francés, y que, sin embargo, resultó ser quien menos imaginaba yo.

—Villard —me dijo—. Este caballero es *monsieur* F. T. jefe del Deuxième Bureau.

Estreché su mano, recia y cordial. *Monsieur* F. T. —más tarde sabría que sus misteriosas iniciales no correspondían, en realidad a ningún nombre real, y menos al suyo propio, y sólo las utilizaba como nomenclatura en clave, perteneciendo realmente al nombre histórico de Fouquet Trinvière— resultaba ser un hombre apacible y sonriente, un personaje que podía no encontrarse habitualmente en cualquier lugar de trabajo, en el café o en el Metro, pero nunca se imaginaría uno que fuese lo que era. Quizá por eso, precisamente, lo era.

El mítico y enigmático Deuxième Bureau^[1], debía hacer las cosas siempre así. Todo parecía ser cualquier cosa, menos lo que realmente era. De otro modo, quizá no serviría para nada.

Mis emociones del día no terminaron ahí. Poco antes de

comenzar el experimento —alguien en la Fundación lo había denominado, con cierto sentido del humor, «Experimento Vidocq»^[2], como podían haberle llamado «Experimento Maigret», pongamos por caso—, el propio doctor Giradoux, acompañado en esta ocasión por su prima, la joven —y muy atractiva, por cierto—, doctora Susan Giradoux, sobrina y ahijada especialísima del ya difunto Fierre Louis Giradoux, vino hasta mí y me presentó a una segunda persona que me resultó en principio vagamente familiar, existiendo como vi inmediatamente después, razones suficientes para que ello fuera así.

—Villard, me honro en presentarle a un huésped excepcional y notable, de nuestro experimento —dijo el joven investigador—. *Monsieur R...*, ministro del Interior.

Me incliné ante él cortésmente, y él me tendió su mano con naturalidad. Era un hombre sobrio, elegante y cordial. Parecía preocupado en estos momentos. Y creo que tenía motivos para ello. Eran los mismos motivos que a nosotros nos mantenían ahora en pie de guerra, frente a nuestro trabajo, esperando conseguir algo con éste. Algo oficioso, naturalmente, sin peso específico y legal. Pero algo que teníamos que hacer, por encargo directo de un cliente excepcional: el Gobierno francés.

—Es un alto honor, Excelencia —dije al ministro—. Lamento la circunstancia que me permite conocerle personalmente, pero confío en que podamos ser útiles al Gobierno, especialmente a su Departamento.

—Yo también lo espero, Villard —confesó el ministro, con un suspiro, sin ningún aire de afectación—. El doctor Giradoux me ha dicho que es usted uno de sus mejores programadores.

—Intentaré serlo en esta ocasión, con mayor motivo que nunca —sonreí, moviendo la cabeza—. Pero programar una computadora no es una tarea mágica. Ni las computadoras, incluso las que ahora manejamos en la Fundación, con ser excepcionales, pueden resultar totalmente infalibles en sus resultados. Mecánicamente, es posible que sí, señor ministro. Pero usted, yo, y todos nosotros, sabemos que no es sólo la mecánica lo que puede darnos, en la situación actual, una respuesta satisfactoria.

—Muy cierto —asintió el ministro, frunciendo el ceño. Miró de soslayo a los dos jóvenes herederos del nombre y la ciencia de

Giradoux—. No obstante, también sabemos que sus computadoras y sus métodos de programación son «diferentes» a cuanto se hace en otros centros cibernéticos del mundo, *monsieur* Villard. En eso, precisamente, es en lo que más confiamos yo y el Gobierno en pleno...

Asentí, pensativo. Es todo lo que hablamos el ministro del Interior y yo. Ni él ni yo sabíamos en esos momentos que el destino iba a cruzar nuestros caminos más tarde, en otro encuentro dramático.

Se alejó con los Giradoux, por las salas blancas, asépticas y crudamente iluminadas, del Centro Electrónico de la Fundación, escenario digno de figurar en cualquier secuencia de un filme de ciencia-ficción a semejanza de la *Odisea del Espacio* de Kubrick.

Yo continué mi tarea en el Programador Gamma, que era el que me correspondía manipular durante la llamada «Experiencia Vidocq». Sabía de la complejidad de aquella tarea, y de lo discutible que, para un legalista, podrían ser los resultados de aquella aplicación oficiosa e ilegal de unos datos, a un objetivo tan escurridizo como podía ser el sueño dorado de nuestro fundador, Pierre Louis Giradoux: prevenir y diagnosticar los delitos y los delincuentes, «antes» de cometido el delito en sí. O señalar implacablemente al autor de un determinado delito, «después» de cometido, ateniéndose a una serie de datos y orientaciones obtenidos de unos *tests* aparentemente simples, que el computador mismo elaboraba, y que luego le servía para dictaminar un veredicto final, de inocencia o culpabilidad.

Por supuesto, los datos allí obtenidos habían de ser rigurosamente confidenciales, y sin valor legal alguno ante los tribunales de justicia. Pero aún en ese supuesto, podían ser de enorme valor para los gobernantes de la nación. Especialmente cuando, como en este caso, había por medio un gravísimo delito a esclarecer.

Ese delito era... «traición».

Alta traición contra el Estado. Por eso estábamos allí ahora. Por eso había venido *monsieur* F. T. el de las siglas rebuscadas, y *monsieur* R..., un miembro del Gobierno, precisamente el responsable de la seguridad interna del país.

La preocupación oficial era mucha, ante la seguridad de una

traición grave en el seno de los órganos gubernativos del país. Y se habían solicitado los servicios de la Fundación. Servicios a cumplir sobre una serie de personas envueltas en la sospecha de culpabilidad en un delito de alta traición. Pero personas todas ellas de importantes cargos públicos y políticos. Altos funcionarios del Estado, en su mayoría. Era preciso, por ello mismo, manejar el asunto con la mayor diplomacia y tacto, sin provocar escándalos prematuros ni ofender a nadie.

La idea había sido tomada por la Fundación Giradoux, tras estudiar el delicado caso: se fingía una complicada prueba psicotécnica, por medio de computadoras, para la promoción de determinados cargos, como primera experiencia del Gobierno en aquel terreno. Para ello, los interesados deberían permanecer dos días completos en la Fundación, sometidos a esos *tests* que ellos consideraban de simple aptitud, pero que serían, en realidad, para intentar descubrir entre ellos la presencia de un traidor.

Recordé lo que me dijera al respecto Susan Giradoux, cuando se me encargó *la* tarea del Programador Gamma en el asunto:

—Va a ser un trabajo complejo y difícil. Además, tenemos que luchar con el inconveniente de que ellos no deben sospechar ni lejanamente lo que nos traemos entre manos. Es decir, hay que convencerles de que, realmente, todo se limita a una prueba psicotécnica de nuevas orientaciones. Y no al diagnóstico de un delito de traición cometido, y de una culpabilidad en potencia, existente en uno de nuestros examinados.

—Sé que su tío perseguía precisamente esa forma de diagnosticar y prevenir el crimen, doctora —comentó yo—. Pero ¿será realmente factible? ¿No puede equivocarse la máquina, por culpa del más leve error en las pruebas iniciales o en la programación de datos y de referencias que la computadora debe convertir en el *test* decisivo?

—Es un riesgo a correr. El Gobierno, sin embargo, no nos pide que seamos infalibles. No va a utilizar tampoco la solución que le demos como prueba evidente de culpabilidad contra nadie. Sencillamente le servirá para vigilar a una determinada persona, y no a todos los altos funcionarios que nos visiten. La traición ha existido. Documentos importantes y secretos, han sido manipulados y, sin duda, entregados a otro país. Se trata de localizar a un posible

culpable. Y someterlo a vigilancia, hasta que se delate a sí mismo. Nuestra tarea es reducir posibilidades. Y, a ser posible, señalar a uno solo. Eso sería lo ideal. Si luego se confirmara que la computadora no cometió error alguno..., sería el definitivo triunfo para nosotros, para la Fundación... y, sobre todo, para la memoria de mi tío. Creo que vale la pena intentarlo, Villard.

—Sí —tuve que admitir—. Vale la pena intentarlo.

Y en eso estábamos ahora. Intentándolo.

* * *

El intento había comenzado.

Para dar un ejemplo a los demás, algunos de los miembros de nuestra propia Fundación, se prestaron previamente a pasar un examen pretendidamente psicotécnico, ante nuestras computadoras especiales, que iban almacenando los datos relativos a cada uno de ellos, para su posterior análisis y diagnóstico final.

Los altos funcionarios oficiales veían todo aquello con un poco de recelo y escepticismo, pero la presencia del propio ministro del Interior y de aquel caballero a quien veían autoritario, sin saber quién era exactamente —se trataba, por supuesto, de *monsieur* F. T. — les hacía acoger el experimento con disciplina cuando menos. Además, gozaban de dos fechas de descanso en sus trabajos, residiendo allí, con nosotros, en los confortables alojamientos que la Fundación poseía en la zona ajardinada de sus instalaciones residenciales, y eso era siempre bien acogido. Ellos ignoraban que cada movimiento suyo, cada acción cotidiana, era registrado minuciosamente por los sistemas programadores, cuya grabación pasaba a almacenarse en los depósitos de «memoria» de las computadoras del «Experimento Vidocq». Datos que, más tarde, se unirían al resto del *test*, para darnos una respuesta, una diagnosis final. Pero eso, ellos lo ignoraban totalmente. Disfrutaban de la hospitalidad de la Fundación Giradoux, de sus excelentes comidas, sus *bungalows* acogedores, su magnífico trato. Era un buen modo de pasar cuarenta y ocho horas, pagadas por el Gobierno.

Y nosotros, en ese tiempo, debíamos obtener resultados. Los resultados de una prueba nueva y quizá revolucionaria, tanto para nosotros, como para los procedimientos electrónicos. Y también para el Gobierno de mi país.

Pero todo eso fue aquel principio de semana, exactamente un martes y un miércoles. Luego, sucedió todo lo demás.

Todo lo que me hizo olvidar aquellos días en la Fundación. Todo lo que relegó al olvido total aquellos acontecimientos que, para mí, eran simplemente laborales, al margen de su significado oficial, político e incluso patriótico.

Porque cuando la vida de uno es la que está en juego, todo lo demás se olvida.

Y muy pronto, ocurrió lo demás. Y supe que mi vida no valía un solo franco. Supe que estaba al borde mismo de la muerte.

Lo malo es que lo supe demasiado tarde.

Cuando la Muerte era ya mi invisible compañera, Y no estaba dispuesta a abandonarme hasta que la guillotina me cortase la cabeza.

CAPÍTULO II

Habíamos terminado el trabajo justamente el miércoles de madrugada. Mi querida amiga electrónica, la fiel Gamma, estaba sin duda tan cansada como yo mismo. Habíamos programado y seleccionado mil y un datos personales, hasta que a mí me hirvió la cabeza, y los circuitos de la computadora debieron quemarse, o poco menos.

Pero era el momento de pensar un poco menos en Gamma. Y bastante más en Gaby. En Gaby Morel, por supuesto.

—Gaby... —murmuré, saliendo del pabellón de computadoras, y respirando con alivio el aire frío de aquella madrugada—. Es un alivio pensar que me espera una mujer, un ser humano, de carne y hueso, que respira, habla y siente... y no una maldita máquina fría e insensible, manipulada por teclas y botones... Gaby tendrá muchos defectos. Pero, al menos, no es una máquina...

Desde luego, Gaby Morel podía ser cualquier cosa menos una máquina. Yo lo sabía bien. Había otros en París que lo sabían, pero habían pasado a la historia. Por el momento, sólo contaba yo en la vida de Gaby. Por el momento, claro. Uno nunca podía hacerse ilusiones con una chica como Gaby. Pero ya era algo. Al menos, para mí.

Llamé a su casa apenas pude usar un teléfono que no tuviera conexión con las malditas máquinas y las grabadoras de la Fundación. Allí había que tener cuidado con todo. Se grababa todo. Se recopilaba todo. Era un inmenso archivo, una «memoria» de dimensiones elefantíacas. A veces, creo que la detestaba. A pesar de que toda mi vida transcurrió entre máquinas como aquéllas.

No es que me preocupara demasiado que alguien metiera sus narices en mis asuntos privados. Lo de Gaby y yo, no era ningún

secreto. Pero mi vida privada era solamente mía, no de la Fundación ni del dominio público. No quería injerencias en ella.

La última vez que me separara de Gaby, las cosas no habían ido demasiado bien. Ella tenía el genio vivo. Yo también. Eso significó una pelea bastante fuerte. Como las que habitualmente teníamos ella y yo. En esta ocasión, quizá más fuerte todavía. Gaby estaba algo nerviosa últimamente. Yo le hice reproches que no le gustaron. Y hubo choque, inevitablemente.

Yo había abandonado su apartamento con alguna violencia, y ésa fue la última vez que habíamos tenido contacto Gaby y yo. No podía decirse que ello fuese prometedor de una fácil reconciliación, pero Gaby no era rencorosa. Y yo tampoco. Ahora, no sentía ninguna animosidad contra ella. Estaba seguro de que ella tampoco la sentiría hacia mí.

De todos modos, en esos dos días de encierro forzoso entre las computadoras de la Fundación, Gaby no me había llamado siquiera. Eso ocurría a veces, pero en esta ocasión me preocupó ligeramente. ¿Estaría disgustada Gaby aún por lo que yo pude decirle en ese momento de enfado? Tal vez. Pero confiaba en que pronto se le pasaría.

Llamé desde una cabina pública, a alguna distancia de la Fundación, pero no obtuve respuesta. El teléfono de Gaby sonaba, pero nadie lo tomaba para responder. Por si había cometido algún error al marcar, colgué, probando de nuevo.

Idéntico resultado. O Gaby no estaba en casa, o no quería descolgar, suponiendo que era yo el que llamaba. El resultado era el mismo.

Cañudo, consulté mi reloj. Era muy tarde ya. Casi las cuatro de la madrugada. Demasiado tarde para ir a casa de Gaby y empezar a llamar insistentemente en su puerta, ya que mi llave no bastaría para abrir. Ella acostumbraba a encerrarse con pestillo, también cuando estaba sola.

A estas horas, escandalizar demasiado en la puerta, podía ser perjudicial para ella. No debía olvidar que sus vecinos aún recordaban nuestra última pelea, y eso no haría sino hacerles pensar en otro conflicto entre nosotros, provocando quizá protestas. Gaby podía descansar tranquila por esta noche. Al otro día, sería diferente. Pensaba ir antes del mediodía, para poner en claro la

situación y, si era preciso, pedirle disculpas a Gaby por mi comportamiento, dejando así resuelta cualquier tirantez.

Me encaminé al aparcamiento cercano, perteneciente a la Fundación, donde dejara mi coche, un «Citroën» azul oscuro, que conduje en dirección a mi casa. No sé por qué, di un rodeo por los Campos Elíseos y la Rué Rivoli, aunque para ir al bulevar Diderot, donde yo me alojaba, no era preciso tal rodeo.

Lo cierto es que lo hice. Y el parpadeo rojo y verde de un club nocturno, me hizo pensar de repente en que tenía sed. Y no sentía demasiado sueño, pese a lo avanzado de la hora.

Aparqué el coche, y me encaminé al local. Era un club que permanecía abierto hasta las cinco de la mañana, según rezaba en su entrada. Había atracciones internacionales y había bebida, que era lo que en el fondo me había llevado allí, aunque quizá también me atrajo la idea de pasar un breve rato sin pensar en computadoras ni ordenadores, antes de ir a la cama. Después de todo, tenía ahora tres días libres, obsequio especial de la Fundación a los que habíamos trabajado en el «Experimento Vidocq».

Naturalmente, los resultados del experimento eran secretos, incluso para nosotros. Los datos estaban almacenados ya, y debidamente registrados y recopilados, con el diagnóstico final, para ser entregados al Gobierno. Todo esto era lo que quería olvidar ahora. No deseaba tener pesadillas en las que me rodearan computadoras y máquinas electrónicas, haciendo de mi sueño un infierno.

Una copa en el International, que así se llamaba aquel club, posiblemente me sentaría mejor que todas las medicinas somníferas del mundo. Al menos, con esa idea entré en el local.

Fue un simple impulso, lo admito. Algo puramente casual.

Sin embargo, así conocí a Vanessa Cash.

Vanessa Cash, inglesa. Cantante de club nocturno. Pelirroja, de ojos pardos, bonita cara y bonita figura. Algunas personas, llamaban a esa clase de chicas «un bombón».

Lo era, ciertamente. Pensé algo parecido, cuando la vi en la pista, a la luz de cambiante color del foco, cantando una vieja canción inglesa de los Beatles.

Tenía una voz suave, algo ronca y pastosa, cálida y susurrante en sus tonos. Me gustó la chica, Y me gustó su modo de cantar. Me

quedé mirándola fijamente, en pie a la entrada de la sala, íntima y reducida, con escasa clientela en esos momentos. Creo que por eso me vio ella y cruzamos nuestras miradas en la penumbra.

Yo no podía saber que era el principio de una buena amistad.
Y lo fue.

* * *

—Habla muy bien el inglés para haber nacido en París...

—Estudié en el Instituto Británico. La mayor parte de trabajos sobre electrónica, estaban redactados en ese idioma. Pensé que todo sería más fácil así.

—¿Y lo fue?

—¡Cielos, no! Nada es fácil en electrónica, Vanessa. Pero sin darme cuenta apenas, me vi sabiendo un aceptable inglés. E hice unos viajes breves a Inglaterra.

—¿De veras? ¿Visitó Londres?

—Londres, Birmingham, Liverpool, Manchester y hasta Glasgow, en Escocia. Me gusta mucho su país, Vanessa.

—Yo nací en Liverpool —suspiró ella—. Y me crié en Londres. Ahora vivo allí... cuando mi trabajo me lo permite. Muchas veces me veo en París, Bruselas, Madrid, Roma o Múnich, trabajando en locales nocturnos. Pero, inevitablemente, siempre vuelvo a Londres y puedo pasar allí unas semanas de descanso..., o trabajando en otro local.

—Sí, entiendo —sonreí—. Supongo que lo mismo me sucedería a mí, si me enviasen a la IBM americana, o a la British Electronic Corporation, pongamos por caso. Uno siempre tiene su trabajo, y debe realizarlo, esté donde esté. Para el trabajo, todo el mundo es igual o muy parecido.

—Eso es. Igual. O muy parecido. —Vanessa rió, apurando su copa. Me miró, con aquellos ojos suyos, color de miel, en el rostro dulce y atractivo, enmarcado por el cabello largo, color rubio oscuro, con algunos mechones más claros, no se podía saber si naturales o postizos—. Bien, Alain... Esto se acabó. Son las cinco menos diez. Aquí cierran a las cinco en punto. Eso significa que ya debemos irnos. O nos echarán, ¿entiende?

—Claro. Está diáfano como el día. Por cierto, el día no tardará en aparecer, Vanessa —bostecé, recordando que llevaba allí casi

una hora, sentado con la chica que cantaba dulcemente en inglés, desde *Yesterday* hasta *September in the Rain*. Me puse en pie—. Vamos ya. Se supone que uno debe descansar después de su trabajo. Y los dos hemos trabajado en lo nuestro, es evidente. ¿La acompaño a alguna parte?

—No, gracias —suspiró ella, negando con la cabeza—. Vivo aquí cerca, para evitarme problemas de traslado a altas horas de la madrugada. Es lo más práctico.

—Seguro. Vanessa Cash es una chica práctica, no hay duda. La felicito, muchacha. Yo no tengo el mismo sentido práctico, es evidente. Claro que podría vivir en la Fundación, pero resultaría demasiado aburrido enterarse en vida uno entre esas máquinas diabólicas, que parecen saberlo todo y vigilarle a uno como si fuesen seres humanos extrañamente lúcidos y fríos.

—Sí, creo que esas máquinas deben resultar aún más antipáticas que los clientes de los locales donde yo actúo —rió Vanessa de buen humor, acompañándome hacia la salida, tras recoger su gabardina del guardarropa—. Vamos, señor programador. Incluso una chica como yo, tiene que dormir alguna vez...

Salimos al exterior. Faltaba mucho para amanecer, ciertamente. En París, en invierno, amanece tarde: Quizá a las siete y media. Aún quedaban dos horas largas de oscuridad.

Caminamos un corto trecho. Ella se detuvo frente a una calle de edificios de apartamentos. La señaló.

—Ahí vivo yo —dijo—. ¡Adiós, Alain!

—No. Hasta otra —repliqué—. No me gustan las despedidas. Un adiós, es un modo de despedirse. Definitivo casi.

—Bien. Entonces... hasta pronto —sonrió Vanessa, tendiéndome su mano—. Y gracias. Pasé un buen rato con usted. Hemos charlado, y me ha hecho olvidar a otra clase de clientes mucho menos agradables y caballerosos, que a veces se creen que alternar con una chica que tiene esa cláusula en su contrato, es como alquilar un caballo... Buenas noches, Alain.

—Buenos días, Vanessa —me despedí, sonriente.

Agité mi mano y me fui en busca de mi automóvil. Poco después, llegaba a mi casa y me acostaba para dormir apaciblemente hasta bien avanzado el día. Ahora sí que me sentía materialmente destrozado. Pero no me arrepentía de haber ido al

International y haber conocido a una chica inglesa, de ojos de color de miel, llamada Vanessa Cash.

Traté de dormirme pensando en Gaby, y tenía ante mí el rostro ovalado de Vanessa, tras la maraña tenue y lánguida de sus cabellos dorado oscuro. Me dormí pensando en la inglesita de Liverpool.

Y me desperté bruscamente, cuando el reloj me señalaba implacablemente que hacía sólo quince minutos que dormía, y mi cabeza era un nido de aturdimiento.

El teléfono repiqueteaba insistentemente. Su retumbar, dentro de mi cráneo, era como mil sirenas de alarma sonando a la vez. Lo maldije un montón de veces, mientras seguía sonando con insistencia. Al final tuve que descolgarlo, pensando que eso me permitiría volver en seguida a mi sueño. Habitualmente, nadie le llama a uno a las seis menos minutos de la mañana, para extenderse demasiado en ningún asunto.

Lo peor es que la llamada era diferente a lo que imaginé.

—¿Dígame? —pregunté—. Soy Alain Villard.

—Gracias a Dios que le encuentro, señor Villard —sonó la voz de un hombre al otro lado del hilo. Una voz que me era perfectamente desconocida—. He intentado comunicarme con usted repetidas veces.

—¿De veras? —Gruñí—. Son las seis de la mañana. Si no dormía, es que no estaba en casa. ¿Qué diablos le hace llamarme a semejante hora?

—Un asunto urgente, *monsieur* —dijo la voz.

—¿Urgente? —Me sentí un poco más despejado, no mucho—. ¿De qué se trata?

—De Gaby Morel, ¿comprende? —Fue la respuesta.

—¡Gaby! —Logré despejarme, con gran fuerza de voluntad, casi otro cincuenta por ciento—. ¡Cielos!, ¿le ocurre algo?

—Puede ocurrirle, sí. Está aquí, en el hospital.

—¿Hospital? —Ahora sí. Ahora estaba totalmente despejado. Y lleno de inquietud—. Vamos, ¿qué le pasa? Intenté hablar con ella antes... Nadie tomó el teléfono...

—¿Cómo iba a tomarlo? Su piso está vacío. La hemos internado urgentemente aquí... Estoy esperando el resultado de la intervención quirúrgica...

—¿Intervención quirúrgica? —mi alarma iba en aumento—. ¿De

qué se trata, exactamente?

—No lo sabemos con certeza. Dicen los médicos que pudo ser un suicidio.

—¡Suicidio! —Me estremecí, sintiendo de repente un sudor helado—. ¡Imposible...!

—Es lo que yo digo —jadeó la voz—. Soy un nuevo vecino, ¿sabe? Mi nombre es Durand... Louis Durand... Estoy muy asustado, *monsieur*. Los médicos quieren avisar a la policía. Pero la señorita Morel ha hablado en la ambulancia, y antes de entrar al quirófano. Ha mencionado su nombre... Por eso he logrado localizarle y le llamo, por si quiere usted venir...

—Claro que voy —afirmé, ya totalmente despierto—. ¿Qué hospital es ése?

—Hospital Picpus, en Saint Antoine... No lejos del cementerio del mismo nombre.

El cementerio Picpus... Era una desagradable coincidencia. Tragué saliva. Esperaba que no significase nada especial en este caso. Asentí con rapidez, antes de colgar.

—Estoy ahí en seguida —dije—. No se marche...

—No, señor Villard —me respondió—. Le estaré esperando frente al hospital, en el aparcamiento. No tarde.

Colgó. Yo también. No podía perder tiempo. Mientras me vestía, la noticia daba tumbos por mi cabeza, sin que yo lograra entender nada. ¡Gaby, una suicida! No recordaba a nadie con más amor a la vida y menos facilidad para la depresión Y sin embargo...

Sentía un poco de remordimientos, pensando en nuestra última pelea. Creo que esa idea fija estaba obsesivamente clavada en mi mente, mientras conducía con la mayor rapidez posible, en dirección a Picpus.

El hospital que llevaba el mismo nombre del famoso cementerio parisino, apareció muy pronto en la distancia, con sus luces rectangulares brillando en la noche, como extraños ojos geométricos en la negrura. Ventanas numerosas, iluminadas, y en alguna de ellas, un quirófano..., y Gaby en él, quizá agonizando.

Detuve el coche en el amplio *parking* del recinto clínico, y bajé del vehículo, buscando en tomo mío a *monsieur* Durand, el nuevo vecino de Gaby que me avisara telefónicamente a casa, Eran exactamente las seis y media, En breve espacio de tiempo,

amanecería. Estaba predestinado a ver ese amanecer, era obvio. Recordé mi estancia en el club nocturno, mi charla con Vanessa Cash. Y me culpé de una frivolidad, acaso temeraria, que podía coincidir con los momentos mismos en los que Gaby atentaba inexplicablemente contra su vida.

—Tal vez si yo hubiera ido directamente a su piso... —murmuré para mí mismo, nervioso e impaciente, ya cerca de los accesos al hospital, donde descubrí a un hombre que venía hacia mí con paso rápido.

Era un individuo de recia complexión, abrigo largo, gris oscuro, y sombrero de fieltro verde botella. Observé que llevaba unas gafas muy gruesas, con montura de carey, y fumaba un cigarrillo aplicado a una boquilla de igual material, con un reborde de plata. También observé que el hombre tenía una cicatriz en forma de v, sobre el labio superior, a la derecha. Acostumbro a ser bastante observador.

—¿*Monsieur* Villard? —preguntó él.

—¿*Monsieur* Durand? —coincidió mi pregunta con la suya.

—¡Uf!, celebro que haya venido tan rápidamente —resopló, tendiéndome su mano enguantada. Realmente, ahora hacía frío. Su aliento y el mío, producían vapor en la mañana invernal—. Vamos, antes de que las cosas se pongan peor. Confío en que todo vaya bien, al fin...

—¿Cómo está ella? —pregunté, anhelante.

—Igual —me explicó. Un instante después, se detuvo—. El doctor que la atiende me ha dado algo que ella llevaba encima al ser internada. Quisiera que lo viese usted, por si sabe exactamente de qué se trata...

—¿Qué es ello? —Me sentí desorientado y sorprendido, parándome también, mientras él buscaba algo en su bolsillo del abrigo. Le vi sacar un envoltorio de plástico opaco, que puso en mis manos sin desenvolver, con gesto intrigado.

—Tome —dijo—. Véalo por sí mismo, *monsieur* Villard.

Tomé el envoltorio y comencé a abrirlo, realmente perplejo. Creo que fue entonces. Yo no me enteré de nada. Pero súbitamente, el mundo entero pareció caer sobre mí y aplastarme con su impacto.

Todo dio vueltas en torno mío, miles de lucecillas estallaron ante mis ojos y, turbiamente, llegué a descubrir al hombre del gabán gris, mirándome fijamente, y empuñando aún una especie de

sólida cachiporra de cuero relleno, con la que sin duda me había martilleado brutalmente el cráneo.

Traté de hacer algo. Solté el envoltorio, levanté mis brazos..., pero no pude evitar un segundo mazazo de aquella porra, que me envió brutalmente contra el pavimento, donde sentí el choque del asfalto contra mi rostro. Ésa fue la última sensación. Después, perdí la noción de todo. Y me hundí en lo que parecía ser un mar de tinieblas.

CAPÍTULO III

El sol estaba muy alto en el cielo, cuando recobré el conocimiento.

Miré aturdidamente a mí alrededor, notando el insoportable hedor a bebida alcohólica que se adhería pegajosamente a mi olfato. «Absenta», me dije a mí mismo, de modo maquinal.

Sí. Olía fuertemente a absenta, no sabía por qué. Sacudí la cabeza. Era raro, pero el doble golpe me había dejado un aturdimiento y un malestar increíbles. No era sólo aquel terrible dolor de cabeza, sino la torpeza en moverme, la pastosidad de mi boca, lo turbio de mi visión.

—¿Qué diablos...? —Comencé, con voz estropajosa—. ¿Qué diablos ha ocurrido?

Alguien entró en mi campo visual, y me sobresalté. Era un gendarme. Me miró con expresión rara y meneó la cabeza.

—Bueno, ya ha salido de la borrachera, ¿eh, amigo? —comentó.

—¿Borrachera? —me indigné—. ¡Escuche, agente: estoy tan sereno como usted! Sólo que... ¡Uf, mi cabeza! Por favor, ¿no tiene aspirinas?

—Claro —rió entre dientes—. De modo que tan sereno como yo, ¿eh?

—Sí, aunque no lo crea —noté dificultad en mi modo de hablar, y me maldije interiormente a mí mismo por ello—. ¡Infiernos!, no bebí anoche más que unas cervezas con la cena, y un par *brandys* en un club. Eso fue todo.

—¡Oh, desde luego! ¿Y la absenta? ¿Ya la olvidó?

—¿Absenta? ¿De qué diablos habla? No me gusta apenas la absenta. No la pruebo casi nunca, agente.

—Pues esta noche se resarcí de ello por una temporada —me miró con reproche—. Botella y media es demasiada absenta para

dos personas, señor. Tiene muchos grados. Así fueron las consecuencias...

—¿Consecuencias? —repetí, malhumorado, incorporándome y mirándole con ira—. ¿Qué consecuencias? ¿A qué diablos se refiere, agente?

—Cálmese —me avisó el policía con repentina frialdad—. No se ponga violento, o me va a obligar a comportarme con usted mucho menos cortésmente, hasta que el comisario Renaud venga a interrogarle.

—¿Interrogarme? ¿Un comisario? —mascullé, airado—. ¿Pero de qué está hablando? ¡Necesito salir de aquí! ¿Es que no lo entiende? ¡Gaby puede estar muerta ahora, mientras yo..., yo sigo aquí, después de haber sido desvalijado sin duda por aquel rufián de Picpus...!

—Se lo advierto por última vez, señor —me dijo con tono seco el gendarme—. Está usted arrestado y a la espera del interrogatorio del comisario Renaud, de la Süreté. Será mejor que no provoque problemas. Especialmente, por su propio bien. En cuanto a Gaby Morel, no tiene por qué preocuparse ya de ella.

Le miré atónito. Por vez primera, mi borrosa visión captó unas ventanas, tras aquel molesto gendarme. Cerradas por gruesos barrotes. Enrejadas todas.

—¿Qué... qué quiso decir con eso? —murmuré—. ¿Por qué no debo preocuparme por Gaby? ¿Está fuera de todo peligro o... o está... está...?

—¿Muerta? —El gendarme me miró con fijeza. No me gustó su modo de hacerlo—. ¡Claro, señor Villard! ¡Está muerta! Debería saberlo, pese a toda la absenta que se tragó, puesto que fue usted..., «fue usted quien la mató».

* * *

El comisario Julien Renaud, de la Süreté, era un hombre apacible y tranquilo. Me recordaba inevitablemente a Jean Gabin y al novelesco comisario Maigret creado por Simenon. No era culpa suya, pero su cabello canoso, su aire cachazudo y afable, su abrigo oscuro y su rostro sereno y bonachón, con ojos menudos e inteligentes, unido a la pipa que apretaba entre sus dientes, hacían inevitable la comparación.

Me hubiera gustado conocerle en otras circunstancias, no en aquéllas tan ingratas para mí. A él parecía ocurrirle igual. Cuando menos, no me miraba con ninguna animosidad previa, aunque eso podía ser una hábil trampa para hacerme confesar algo que no estaba dispuesto a admitir en modo alguno.

—De modo que insiste usted en que es totalmente inocente de ese crimen...

—¡Sí! —Casi grité, sobresaltándole ligeramente—. Por completo, comisario, ¿es que no lo entiende? Yo no podía matar a Gaby Morel, porque la quería. Y porque no había motivo alguno para desearle ningún mal.

—No es eso lo que dicen los vecinos —suspiró el comisario—. Peleaban frecuentemente usted y ella.

—Bueno, Gaby tiene..., «tenía» un genio muy vivo. Pero nunca pasó de ahí. Eran peleas normales en cualquier pareja, aunque no esté casada.

—La última que recuerdan los vecinos fue muy fuerte...

—Sí, tal vez. Pero eso no significa nada... A propósito de vecinos, comisario, ése de que le hablé, el señor Durand..., ¿existe realmente?

—No —suspiró, consultando una página de su bloc de apuntes—. Ningún Durand en toda la casa, señor Villard. Ni Gaby Morel fue a ningún hospital. Directamente la hemos llevado de su piso a la Morgue. Usted la mató en su casa, donde fue hallada por los agentes.

—¡Eso es mentira! —rugí—. ¡Yo estuve anoche en mi trabajo, luego..., luego fui a un club nocturno, hablé con una chica hasta las cinco..., y finalmente me fui a mi casa, donde me despertó la llamada de ese tal señor Durand, para que acudiese al hospital Picpus, donde él me esperaba, me golpeó en un descuido mío, y... y perdí el conocimiento! Eso es todo.

—Señor Villard, escúcheme a mí —pareció armarse de paciencia el comisario, mirándome con amabilidad—. Ese señor Durand no existe, Gaby Morel no fue a ningún hospital. Y en cuanto a su coartada, no sirve absolutamente de nada, porque el forense ha adelantado que la muerte de su amiguita tuvo lugar entre cinco y media y siete y media de esta mañana, sin duda alguna. Y es, precisamente, «ése» tiempo el que quiero que me explique cómo lo

utilizó usted, puesto que no estuvo en casa de Gaby Morel según su versión. Cosa absolutamente imposible, puesto que a las nueve de la mañana, cuando llegó la mujer de la limpieza al piso de la señorita Morel, usted estaba allí, totalmente borracho, tendido cerca del cadáver de ella, también ebria previamente, antes de que la estatua de bronce de la repisa de su chimenea, sirviera para que usted le aplastara el cráneo salvajemente. La estatuilla estaba en su mano cuando se le encontró. Y sólo tiene sus huellas..., y las de Gaby Morel, por supuesto.

Me quedé absorto. No era la primera vez que conocía esos datos. Ya antes me los había expuesto con total frialdad un sargento de la policía parisina, antes de que el comisario Renaud me interrogase. Mis ropas, mi cabello y mi piel toda, seguían apestando el inconfundible olor de la absenta.

En suma; mi situación era desesperada.

De cinco y media a siete y media... ¿Cómo justificar mi sueño en casa, la llamada telefónica, la cita ante el hospital Picpus, la presencia del supuesto señor Durand, y su modo inexplicable de atacarme, dejándome sin sentido? ¿Cómo confirmar una coartada que no existía?

Al no existir el supuesto intento de suicidio de Gaby, al no haber estado ella jamás en el hospital Picpus, y al no poder demostrar yo que acudí a tal cita, todo aquello se derrumbaba como un castillo de naipes.

—Mi coche... —recordé de repente—. Pueden hallarlo en el *parking* de ese hospital, comisario... ¡Tiene que estar allí!

—¿Su coche? ¿Un «Citroën» azul oscuro con matrícula de París? —Y añadió la matrícula exacta, sin desviar sus ojos de mí.

—Sí... —musité, sintiéndome deshinchado de repente, como un globo flácido—. ¿Dónde..., dónde lo encontraron?

—Donde siempre lo dejaba usted, según los vecinos de la señorita Morel. En el aparcamiento situado junto al edificio donde ella residía... —Sacudió la cabeza con pesar—. Por favor, señor Villard, no iremos así a ningún sitio. Es mejor confesar, admitir lo ocurrido. No puede acusarle nadie de asesinato a sangre fría. Ambos estaban ebrios, acaso pelearon..., y la golpeó sin darse cuenta exacta de lo que hacía. Homicidio. Sólo eso, señor Villard. No es ningún cargo que destruya su vida. Incluso puede que tenga suerte

en el juicio y salga bastante bien librado... Un abogado hábil, hasta puede presentarlo como un caso de legítima defensa, si puede probar que esas huellas de la señorita Morel significan que ella también empuñó la estatuilla..., y usted se la quitó de la mano, en la pelea.

—¡No, no, no! —aullé, exasperado, aterrándome la cabeza entre las manos—. ¡Todo eso es falso, comisario! ¡Yo no fui nunca al piso de Gaby, desde nuestra última pelea hace varios días! ¡No fui allí esta noche, no vi a Gaby, no probé absenta alguna! ¡Lo juro, lo juro!

—Señor Villard, no quiero juramentos, sino hechos —suspiró Renaud—. Está negando evidencias concretas, compéndalo. Su relato no tiene sentido. Su coartada no existe. La historia es disparatada, por la sencilla razón de que a nadie se le ocurriría semejante serie de cosas para inculparle. Además, usted estaba en el piso de Gaby Morel, junto a su cadáver. Su coche está allí. Todo eso, ¿cómo puede explicarlo?

—No sé... No sé... —Me debatí en un mar de perplejidades y angustia—. Evidentemente, si alguien se molestó en enviarme a una falsa cita, con un pretexto, igual pudo llevarme a casa de Gaby en mi propio coche subirme allí, hacerme tragar absenta, empapar mis ropas y cabellos en ese licor, y poner en mi mano el arma homicida, para tener un culpable. Pero..., ¿por qué? ¿Por qué?

—Exacto. ¿Por qué querría nadie matar a Gaby Morel, y luego culparle a usted con tan complicado plan? Señor Villard, me gustaría creerle, le doy mi palabra. Pero no puedo. Nadie le creería. Es más: si relata esa misma historia ante el juez, estoy seguro de que se perjudicaría terriblemente, y haría pensar al tribunal en un crimen deliberado, no en un simple homicidio. Eso podría significar para usted la cadena perpetua. O tal vez la guillotina, señor Villard. ¿Ha pensado en ello?

—¡Es que no puedo decir otra cosa! —protesté—. ¡Es la pura verdad, comisario!

—Muy bien —resopló, poniéndose cachazudamente en pie. Meneó la cabeza, con desaliento—. Nos va a dar mucho trabajo, ya lo veo. No quiere confesar su delito ni admitir que todo pudo suceder como yo digo, y usted haberlo olvidado temporalmente, a causa de los efectos de la absenta, quizá. Sólo se aferra a su ridícula historia. Piénselo bien, antes de que le pasemos a la autoridad

judicial. Esa fantasía suya puede suponer la pena capital, en vez de un veredicto suave...

Tuvo razón. Tal vez debí hacer caso, por entonces, al comisario Renaud, y aceptar algo que yo estaba seguro de no haber hecho. Pero no acepté nada. Me aferré hasta el final a mi historia, a mi verdad.

Por supuesto, no fue hallado ningún *monsieur* Durand que pudiese confirmar mi relato. No pude probar coartada alguna que me eximiese de la acusación de asesinato. La autoridad judicial no simpatizó con mi postura en ningún momento. Y pagué las consecuencias de mi error. Mi abogado me lo había pronosticado también, con gesto exasperado, cuando insistí en mantener mi postura. Incluso predijo lo peor para mí. Y acertó.

Cuando puesto en pie, oí decir al juez que era condenado a morir en la guillotina, como culpable de un asesinato en primer grado, creí estar soñando.

Pero no soñaba, La sentencia era firme. Definitiva.

Sólo quedaba la apelación ante el presidente de la República, pero había pocas esperanzas, porque una ola de delincuencia exigía de las autoridades francesas la aplicación de mano dura contra los criminales. Y yo era el vivo ejemplo que la opinión pública buscaba.

Creo que la primera vez que pude reflexionar fría y serenamente, por paradójico que ello resulté, fue entonces. Cuando ya había sido condenado a muerte, y esperaba mi ejecución en la celda de los condenados...

* * *

Todo resultaba increíble, ahora, visto desde allí.

En un momento, en uno solo, mi vida entera se había derrumbado inexplicablemente. Ni siquiera sabía cómo había sucedido. Era igual que un mal sueño. La peor pesadilla imaginable. Una pesadilla cuyo despertar era... la muerte.

Había terminado mi trabajo en la Fundación, y el «Experimento Vidocq» había tocado a su fin aquella noche. Lo curioso era que ni siquiera llegué a conocer sus resultados. Nunca supe qué sacaron en limpio de nuestras computadoras los hombres del Gobierno. ¿Cómo diablos iba a preocuparme de algo así, estando inmerso en el terrible drama en que me precipitó el destino?

La Fundación Giradoux, las máquinas electrónicas, los datos programados y todo eso, habían dejado de significar algo para mí. Ya ni siquiera me acordaba de todo ello. No tenía sentido para mí.

Lo importante es que había salido de aquel lugar cuando terminé la tarea. Que había ido de regreso a mi casa, y me detuve primero en un club, donde charlé y tomé unas copas con una chica inglesa, Vanessa Cash. Luego, me fui definitivamente a dormir.

Y entonces llegó la llamada del fantasma *monsieur* Durand, el hombre que no existía y que jamás fue vecino de Gaby Morel.

La cita en Picpus, los golpes en mi cráneo, el desvanecimiento, las sombras...

Y el despertar en la comisaría de policía. Arrestado por asesinato.

Me habían encontrado junto al cadáver de Gaby. Con una pesada estatuilla de bronce en mi mano. Con el cráneo de Gaby hundido a golpes. Con sangre y cabellos adheridos a esa estatuilla. Con absenta empapando mis cabellos, mis ropas, e incluso mi estómago. Y con absenta en el cuerpo y en las ropas de Gaby. Con una botella de ese licor, totalmente vacía, y otra a medio vaciar.

Sin coartada para la hora del crimen, sin posibilidad de localizar a aquel *monsieur* Durand, de gabán gris oscuro, gafas de carey y gruesos vidrios, y cicatriz en forma de v en el labio superior. Con una ridícula historia de una llamada telefónica en la madrugada, y el relato de un intento de suicidio de Gaby Morel, internada en el hospital Picpus, historia que, naturalmente, era falsa de pies a cabeza.

El aferrarme a aquella descripción de los hechos, había sido mi ruina. El comisario Renaud ya me lo había advertido. Mi abogado, también.

Pero eso ya no tenía remedio. Era imposible volverse atrás. Además, hubiera cometido sin duda el mismo error. Era incapaz de inventarme otra historia. Sólo podía decir la verdad. Todo lo que había ocurrido, paso a paso.

De nada sirvió que en el proceso se presentara mi vida anterior como una vida honorable y sin sombras. Declararon en mi favor los doctores Giradoux, Marcel y su prima Susan. Y la doctora Brigitte Pierreux, ayudante personal del doctor Marcel Giradoux, y directora de la sección de programadores donde yo trabajaba. Todos

elogiaron mi forma de trabajar y de comportarme. Les parecía imposible imaginarme como un criminal. Tampoco era un hombre dado a la bebida. Rara vez había estado ebrio. Nunca como la noche del crimen.

No bastó. El juez Henri Bonnard era uno de los magistrados más severos e inexorables de París. Y me tocó en suerte a mí.

Los miembros del tribunal se mostraron totalmente escépticos respecto a mi historia. No fue posible convencerles en ningún momento de que yo decía la verdad. El fiscal destrozó mi historia y los esfuerzos de mi abogado, con una serie de argumentaciones brillantes y eficaces, que hicieron mella en los magistrados.

El veredicto fue de asesinato en primer grado. Culpable. El juez me sentenció a la guillotina. No había muchas ejecuciones en Francia, ahora, pero supe que yo no me libraría de ella.

Hubo expectación. Los periodistas se lanzaron en tromba a fotografiarme, apenas conocida la sentencia definitiva. Me sacaron con dificultades de la sala, reintegrándome a la prisión.

Y allí estaba, esperando ahora la pena capital.

No había fecha fijada inicialmente. Luego, se decidió que sería una determinada, pero habitualmente, el reo desconoce ese momento. Vienen a uno de repente, en plena noche, y le conducen a la cámara donde está situada la guillotina, con los testigos que fija la ley.

Así sucede con los condenados a muerte.

Así sucedió conmigo. Justamente anoche...

Sí. Anoche fui a la guillotina.

SEGUNDA PARTE

ANOCHÉ

CAPÍTULO PRIMERO

—Alain Villard. Vamos, hijo. Ha llegado la hora...

Me estremecí. Les miré. No sentía miedo. No el que había pensado que sentiría, para ser sincero.

Estaban allí el alcaide de la prisión, dos celadores y el sacerdote. Me miraron en silencio, esperando.

Me incorporé, despacio. Dejé de escribir mi historia, la recopilación de todos los hechos de aquellas últimas etapas de mi joven existencia. Eché a andar con paso firme hacia ellos, sin necesidad de que los celadores me sujetaran. Me contemplaron con admiración.

—Vamos —dije serenamente.

Por la ventana de la celda, era sólo oscuridad lo que se veía. Aún era de noche, y la hora bastante avanzada. No hacía frío en la prisión. La calefacción era buena en aquel ala del edificio, la destinada a los condenados a muerte. La cena también había sido copiosa y selecta, aunque no tuve demasiado apetito.

—Siempre existe una esperanza —oí murmurar al sacerdote, a mi lado—. El teléfono de la prisión está conectado con el presidente de la República y el ministro del Interior...

Recordé con amarga ironía: ¡el ministro del Interior! El afable y severo *monsieur* R... Nos conocíamos de aquella noche en la Fundación. El, quizá ni siquiera lo recordaría. Pero aunque lo recordase, sería igual. Eso no iba a cambiar mi destino.

—Hay un teléfono en la cámara de ejecuciones —añadió el alcaide gravemente—. Puede sonar en cualquier momento, suspendiendo la ejecución, Villard.

Me encogí de hombros. Creo que incluso tuve una sonrisa.

—Nunca suena —dije fríamente—. ¿No es cierto?

Me miraron. Casi estaban más asustados que yo. El alcaide frunció el ceño.

—Se equivoca —dijo—. Ha sonado muchas veces...

No quise discutir el asunto. Evidentemente, formaba parte de su trabajo. Había que dejar un resquicio a la esperanza, Pero yo no lo tenía. No quería tenerlo. ¿Para qué? Sería peor, llegado el momento. La cuchilla caería sobre mi cuello, inexorable.

—Ya hemos llegado.

Miré ante mí. La puerta abierta, una rejilla para separar a los testigos de donde yo me hallaba. Presencias humanas, sombras vagas, allá en la cámara vecina: periodistas, un médico, tal vez algún magistrado...

Y en medio de la desnuda cámara, la forma horrible y rígida. La guillotina. El monstruoso invento que tiñó de sangre una época de Francia. El asesino de reyes y de nobles, bajo el terror. El ejecutor frío y sin alma de las sentencias dictadas por los hombres.

Tuve miedo, lo confieso. Todo hombre lo tiene en trances así. Sencillamente, procuré dominarlo. No mostrarlo a mis verdugos. No les daría ese espectáculo. Jamás.

Vi, también, el teléfono mencionado. Sobre una repisa. Silencioso. Como esperando algo. Sabía que permanecería igual. Siempre silencioso. Hasta que yo me hubiera ido para no volver jamás.

El verdugo esperaba, allá en una zona de sombras. Me fue imposible verlo bien. Un par de funcionarios aguardaban en un asiento, con unas tijeras. Me pregunté qué esperaban.

Pronto lo supe. Me esperaban a mí.

—Villard, la camisa —dijo el alcaide—. Siéntese ahí.

Me senté. Ni una vacilación en mis pasos. Ni un temblor en mis movimientos. Ni una señal de pánico en mi rostro. Pero no soy un héroe. Estaba aterrorizado. Creo que todo el mundo lo está cuando se encara con la muerte.

Me recortaron el cuello de la camisa con aquellas tijeras, dejando limpia de obstáculos mi nuca. Pero no era suficiente. Las tijeras actuaron sobre mi cabello, recortándolo sobre la nuca, hasta dejar al descubierto la piel del cuello.

—Entiendo —dije fríamente—. Así no se puede encallar la cuchilla, ¿verdad? Sería muy doloroso, imagino.

Cambiaron entre sí miradas de perplejidad, impresionados por mi sangre fría. Pero se mantuvieron callados.

El alcaide miró su reloj. Luego, clavó una mirada angustiosa en el teléfono. Respiró hondo. Hizo un gesto a los celadores.

—Ya —dijo—. Es la hora exacta.

—Esperen —rogó el sacerdote, aproximándose a mí—. Hijo, ¿alguna cosa, aún?

—No creo, padre —suspiré—. Sólo pida por mí a Dios. Espero que Él sepa juzgarme con más sensatez y comprensión que los hombres... Él sabe que soy inocente.

El alcaide desvió sus ojos de mí. Miró al teléfono de nuevo, mientras el sacerdote pronunciaba una oración entre dientes.

—Esperaremos cinco minutos —dijo el alcaide gravemente—. Puede haber algún retraso o dificultad en comunicar con la prisión, aunque es teléfono directo, señores...

Nadie dijo nada. Yo iba a protestar, pidiendo que se aceleraran los terribles trámites. Pero la chispa débil de la esperanza prendía siempre en uno, en momentos así. Me di cuenta, ahora, al permanecer allí silencioso, expectante, mientras los celadores ligaban las manos a mis espaldas. Les miré hacer, y uno se justificó, eludiendo mi mirada:

—Es mejor así. Evita que haya fallos...

Asentí. Todo iba encaminado a evitar la necesidad de repetir el descenso de la cuchilla. Era lo piadoso. Un solo golpe, y terminado. Mi cabeza a un cesto. Y el mínimo tiempo posible para el impacto. Pero estaba seguro de que, aun así, dolería. Unos instantes muy breves, pero dolería.

El alcaide estaba junto a mí ahora. Parecía haberme leído los pensamientos. Tal vez era que todos pensábamos igual en esos momentos.

—No duele —dijo en un murmullo—. Todo es tan rápido. Villard...

El sacerdote terminó la oración. Se persignó y me bendijo. Incliné la cabeza. Casi podía imaginar el tic-tac

de un reloj, aunque no se escuchaba ninguno en la silenciosa sala.

El verdugo esperaba, tenso. Las sombras humanas tras el enrejado, se rebullían de vez en cuando, impacientes. Deseaban

terminar cuanto antes. Como yo. Aunque quizá por razones muy diferentes.

Y el maldito teléfono continuaba mudo.

El alcaide miró su reloj nuevamente. Lanzó un suspiro. Hizo un gesto.

—Vamos —dijo fríamente—. Ya es hora. Dios se apiade de su alma, Alain Villard.

Me pusieron en pie. Me condujeron a la horrible forma vertical. Miré hacia arriba, al filo de la cuchilla. Notaba un leve temblor en mis rodillas. Hice un titánico esfuerzo por superarlo. El sacerdote oraba de nuevo. La tensión era total en la cámara.

Me situaron ante la guillotina. De rodillas. Esperé. Un celador tomó mis hombros suavemente, inclinándose hacia adelante. Apoyé el cuello en el semicírculo inferior, donde penetraría vertiginosa la cuchilla, apenas pulsaran el botón.

—Póngase bien —me aconsejó al oído el celador—. Es más rápido así.

Me ayudó a situarme mejor. Tragué saliva. Musité entre dientes:

—Tal vez no lo crea, amigo. Pero tengo miedo...

—Lo sé —asintió el celador—. No lo parece, Villard. Animo. Es usted un valiente.

Todo iba a terminar. La ejecución estaba a punto. El alcaide daría la orden final. El verdugo oprimiría el botón.

Y sería el fin.

Mi fin.

Esperé, con la boca seca. No se oía un solo ruido. No quería cerrar los ojos, pero lo hice. Eran sólo segundos, lo sabía. Pero me parecieron siglos.

Estuve seguro de que, a mis espaldas, el alcaide hacía el gesto fatídico.

Y el verdugo aproximó su mano al resorte de la guillotina, para accionarla.

CAPÍTULO II

Me sobresaltó.

Creo que nos sobresaltó a todos.

Era el teléfono.

Interiormente, sentí como si me rompiera todos los nervios, los tendones y los músculos, en un crispado estallido tras la tensión sufrida. La cabeza me dio vueltas. El alcaide gritó roncamente al verdugo:

—¡Espere! ¡Esperen todos!

El teléfono sonaba. Yo no abría los ojos. Pero escuchaba, sintiendo que los latidos de mi corazón desbocado, casi agitaban mi cuerpo. Los pasos del alcaide llegaron lúgubres a mi oído. Luego, su voz:

—¿Sí? El alcaide, señor, sí... Sí, entiendo... Bien, señor ministro del Interior. Sí, en efecto. Así se hará... Sí, señor.

Colgó, el «clic» de aquel teléfono marcaba la frontera entre la vida y la muerte. Esperé, tenso.

—Se suspende la ejecución —anunció con voz ronca el alcaide—. Los testigos, por favor, pasen a la otra sala y esperen. Está prohibido que nadie utilice línea telefónica exterior alguna, por el momento. Esperen a que yo me entreviste con ustedes, por favor. Son órdenes del Ministerio del Interior. —Luego, tras una pausa, añadió—: Lleven al reo a su celda. Es todo.

Así era todo. Ni una explicación más. Me irguieron, desatando mis manos. Miré al alcaide de la prisión. Estaba excitado, sus ojos brillaban. Ahora sí cambió su mirada conmigo. Me pareció ver en el fondo de sus pupilas un destello de ánimo, de satisfacción interior. Y también de sorpresa.

—Vaya, Villard —me dijo en voz baja, cuando pasé por su lado,

escoltado por los celadores—. Y tenga fe. Todo va bien. Muy bien para usted.

Era oscuro, pero esperanzador. Me pregunté qué diablos estaba ocurriendo, qué había dicho el ministro por teléfono. ¿Había recordado a última hora quién era yo, y se sintió conmovido por mi suerte, cambiando ésta por la de reclusión perpetua?

De ser así, no resultaba tampoco muy esperanzador para mí. No quería pudrirme en una penitenciaría hasta el fin de mis días. Pero sobreviviendo, siempre existía una remota posibilidad, también, de que un día demostrase mi inocencia sin lugar a dudas. En todo caso, era mejor sobrevivir que dejar la cabeza en aquella horrible, lúgubre sala de ejecuciones.

Con esos ánimos regresé a mi celda. Los celadores cerraron la puerta, ausentándose. Me quedé a solas. A solas entre aquellas rejas obsesivas. A solas con mis confusos pensamientos.

No sé cuánto tiempo transcurrió. Lo cierto es que, de repente, empezó a llegar gente a mi celda. Primero, los celadores, abriendo paso y franqueando la entrada de rejas a mis visitantes de madrugada. Les contemplé a todos, perplejo.

Muchas caras conocidas. Sorprendentemente conocidas, además.

Estaba el alcaide de la penitenciaría. Estaba mi abogado, Paul Pournier. Estaba el juez Bonnard, quien me envió a la guillotina tras escuchar el veredicto de los jurados.

Y también estaba el comisario Julien Renaud, de la Sûreté de París. El hombre que me interrogó, que investigó la muerte de Gaby, y me entregó atadito como un paquete, al fiscal y a la autoridad judicial.

Una vez todos dentro, el alcaide dio una orden. Los celadores la cumplieron; cerraron la puerta enrejada. Se quedaron conmigo los cuatro hombres. Todos nos miramos en silencio. Nadie parecía dispuesto a romper ese silencio.

Fue el comisario Renaud quien se decidió a hablar, bruscamente, mientras daba paseos por la incómoda celda.

—Bien, Villard —dijo—. Como ve, todo ha cambiado bruscamente para usted.

—¿Cambiado? —Le miré, arrugando el ceño—. ¿En qué, comisario?

—En todo —se volvió, mirándome sorprendido—. ¿No lo sabe

aún?

—No —dijo el alcaide—. No lo sabe, comisario.

—Eso es cruel —resopló el policía, mordisqueando su pipa apagada—. Debieron decírselo ya, alcaide.

—¿Decirme qué? —insistí, perplejo.

—Bueno, prefería esperar —se disculpó el alcaide—. Temí entender mal al ministro. Era mejor aguardar; serenar los ánimos. Cuando les he visto llegar a ustedes, me he dado perfecta cuenta de que no había ningún error de interpretación.

—Ninguno —suspiró el juez—. A mí me sacó de la cama el abogado Fournier, notificándome lo que el comisario Renaud había descubierto, y su informe urgente al ministro del Interior. Como comprenderán, preferí asistir a todo esto. Creo que, en el fondo, debemos todos una amplia reparación al señor Alain Villard...

—Caballeros, ¿qué sucede, exactamente? —quise saber—. ¿Han aplazado mi ejecución..., o sólo la han suspendido temporalmente? ¿Cuál es, en definitiva, mi suerte futura?

—Ni aplazamiento..., ni suspensión —sonrió gravemente el comisario Renaud, inclinándose hacia mí. Se quitó la pipa de la boca, y me golpeó suave, afectuosamente casi, con su extremidad en mi hombro—. Amigo Villard..., es usted un hombre libre.

—¿«Qué»? —grité, pegando un respingo.

—Lo que ha oído —sonrió el juez Bonnard—. Está definitivamente absuelto, con todos los pronunciamientos favorables. Será rehabilitado de modo oficial y público. Es usted inocente, Villard. Siempre lo aseguró usted así. Pero ahora es diferente. Está probado.

—Sí, Villard —afirmó gravemente el alcaide—. Eso es lo que no quise decirle, hasta no estar completamente seguro de haber entendido bien al señor ministro. De otro modo, cabía la posibilidad de... de un error. Un terrible error, capaz de causarle más daño aún que el filo de esa maldita guillotina.

—Sí, entiendo —afirmé, despacio, tratando de salir del marasmo en que me encontraba ahora. Sepulté la cabeza entre mis manos, absorto—. Libre... ¡Estoy libre! Puedo... puedo salir de aquí cuando quiera, ¿no es eso?

—Sí, es eso —asintió el comisario, cerca de mí—. Sólo que...

Me estremecí. Aquel «sólo que...», me sonó a una nueva losa de

mármol cerrándome la salida. Alcé la cabeza. Le miré fijamente, con desaliento.

—Sólo que..., hay algo más, ¿no es cierto? —murmuré—. Debo esperar aún. Seguir aquí...

—No —negó, despacio, el policía—. Está en su derecho si quiere irse de aquí ahora mismo, Villard. Para eso está el juez Bonnard presente. Él ha firmado ya la orden de libertad, y el Ministerio del Interior ha dictado órdenes al respecto, para que se cumpla inmediatamente y sea públicamente rehabilitado su nombre.

—Entonces, si puedo marcharme inmediatamente, ¿por qué todo esto, comisario?

—Muy sencillo, Villard —el comisario se sentó a mi lado, mirándome con sus ojos astutos y amables—. Queremos que nos ayude.

—¿Ayudarles? —Parpadeé—. ¿A qué?

CAPÍTULO III

Monsieur R..., ministro del Interior, afirmó despacio, con un movimiento de cabeza.

—Sí, Villard —dijo lentamente—. Eso es lo que esperamos de usted.

—Pero... pero no logro entenderlo... —Sacudí la cabeza, desorientado—. ¿Yo? ¿Precisamente, yo? Usted tiene la policía francesa, señor. Y el *Deuxième Bureau*... Todo está en sus manos para conseguir lo que quiera...

—Lo sé, Villard —confesó el ministro, pensativo—. No tiene que decirme nada de eso. Tengo todos los medios imaginables para encontrar a un traidor y a un asesino. Pero no son suficientes. Fallaron ya una vez.

—¿Fallaron?

—Sí. El famoso experimento en la Fundación Giradoux —resopló—. Usted no llegó a conocer sus resultados, ¿no es cierto?

—No tuve ocasión —dije con amarga ironía—. Estaba encarcelado, acusado de asesinato, señor.

—Sí, esa tremenda historia... No me la recuerde, Villard. No tengo derecho a pedirle algo como esto. Nadie lo tiene, en realidad. ¿Sabe que a estas horas, los periodistas convocados como testigos de su ejecución, siguen ignorando que usted es un hombre libre y que se encuentra aquí, en el Ministerio?

—No —le miré, extrañado—. ¿Por qué ese silencio?

—Por lo que voy a decirle. Si usted acepta la tarea, esos periodistas asistirán a una verdadera ejecución. Un hombre será ajusticiado ante sus ojos, y la prensa, mañana, dará noticias de la muerte en la guillotina de Alain Villard.

—No logro entender nada... —Manifesté, asombrado.

—La idea es complicada. Admito que no se me ocurrió a mí, sino al comisario Renaud, que tiene una endiablada imaginación. Yo le hice algunos retoques, eso es todo. *Monsieur* P. T., del Deuxième Bureau, está en contacto conmigo. Y totalmente de acuerdo, claro.

—Sí, ha de ser todo muy complicado, para que tanta gente importante esté metida en ello —comenté secamente.

—Lo es. Se trata de un plan extraño. No sé si resultará. Personalmente, tengo mis dudas. Y lo veo peligroso. Muy peligroso.

—¿Para quién?

—Para usted, Villard.

No era un principio muy alentador. Pero estaba ya lo bastante intrigado como para querer saber el resto de la historia. Miré al comisario Renaud, que jugueteaba con su pipa, como ausente, en uno de los sillones del despacho ministerial.

—En suma. ¿De qué se trata? —quise saber.

—De empezar de nuevo la famosa «Operación o Experimento Vidocq». Pero esta vez, con algo más que las simples computadoras y las programaciones electrónicas. Todo aquello no sirvió de mucho. Nos dio unos datos ambiguos. En potencia, teníamos cuatro sospechosos, los cuatro capaces de cometer una traición. E incluso un crimen. Se hizo una nueva selección de datos en busca de un veredicto definitivo. ¿Sabe qué sucedió? Alguien averió los ordenadores y alteró los datos computados. Se estropeó todo. Salieron informes erróneos. Se podía intentar de nuevo, pero el culpable de ese sabotaje a las computadoras, había borrado todo cuanto almacenaba la memoria de la máquina Gamma, la que usted programó con la totalidad de datos personales. Era un largo trabajo reanudar la tarea. Optamos por establecer una discreta vigilancia sobre los cuatro sospechosos señalados por el diagnóstico previo de las máquinas.

—¿Dio resultado?

—No. Nadie ha intentado nada. Pero los informes salieron del país, y la traición existió, evidentemente. Me interesa llegar al fondo de esta cuestión cuanto antes. He pensado en un segundo experimento, limitado a esos cuatro sospechosos, para detectar quién de los cuatro es el traidor y, por tanto, el saboteador de las computadoras.

—Usted habló también de... de un asesino —dije entre dientes.

—Sí: el asesino de Gaby Morel.

Enarqué las cejas.

—¿Qué tiene eso que ver con la fundación y el «Experimento Vidocq»? —pregunté.

—Todo —suspiró el comisario Renaud, interviniendo en la charla—. Es hora de que sepa ya Villard, el motivo de que asesinaran a Gaby Morel aquella noche.

—¿El motivo? —Le miré, sorprendido.

—Sí. La persona que mató a Gaby Morel, no tenía nada especial contra ella. Fue un crimen ideado para culpar a una persona: usted. Porque en realidad, lo que se trataba era de deshacerse «de usted» de un modo definitivo.

—¿De mí! Pero ¿por qué?

—Muy sencillo: usted programó la computadora Gamma. Usted obtuvo datos de ella. Datos que preocupaban al culpable. Con usted allí, les sería muy difícil, por no decir imposible, alterar los resultados y borrar la memoria electrónica. Ausente usted, todo era sencillo, y difícil de reparar.

—¿Está sugiriendo que todo tuvo su origen en aquel trabajo? ¿Qué Gaby fue asesinada y yo fui enviado a una trampa por la misma persona que no quería verse acusada por el diagnóstico final del ordenador?

—Exacto —sonrió Renaud—. Y tenemos pruebas de ello.

—¿Pruebas? ¿Qué pruebas?

—Verá, Villard. Yo quise creer, en parte, en usted y en su loca historia. Por eso busqué a la única persona en París que podía confirmar su coartada: el hombre del hospital Picpus, el supuesto *monsieur* Durand... Y lo encontré.

—¿Lo encontró?

—Sí. Era André Hunot, un maleante de los bajos fondos parisinos. Un tipo que hacía cosas por encargo. Logré acorralarle y le tenía casi en mis manos ya, cuando se dio cuenta y escapó. Es decir, trató de escapar al cerco policial. Tuvo mala fortuna. Cayó bajo las ruedas de un coche, y resultó gravemente herido. Tan grave, que murió camino del hospital. Pero antes de morir, habló de cosas reveladoras a un agente y a mí, que íbamos con él en la ambulancia. Confesó haber hecho el papel de *monsieur* Durand en el hospital Picpus, y haber golpeado a Alain Villard, conduciéndole

luego en su coche hasta la vivienda de Gaby Morel, donde le dejó junto al cadáver de ella, tras arreglar las cosas conforme la ordenara su «cliente», que le había pagado bien por esa tarea. Cuando él le depositó allí, haciéndole tragar absenta en cantidad y rociando luego sus ropas, como el asesino había hecho con Gaby, ésta ya estaba muerta, y la estatuilla de bronce envuelta en trapos, esperando que fuese puesta en su mano.

—¿El confesó todo eso?

—Con muchas dificultades, pero lo hizo. Murió antes de decirnos quién era su «cliente», pero mencionó la Fundación Giradoux y las computadoras del «Experimento Vidocq». Eso fue todo. Lo que sirvió para que, urgentemente, me pusiera en contacto con el señor ministro, antes de que fuese demasiado tarde, para detener la ejecución. Y lo que nos ha convencido de que el «cliente» de André Hunot es la misma persona cuya culpabilidad buscaban ustedes en el diagnóstico electrónico de índices de culpabilidad.

—¡Cielos...! —Me sentí anonadado por aquellos asombrosos informes—. Nunca pude imaginar que todo esto tuviera su origen en ello. Pero cuando menos, ahora las cosas tienen más sentido...

—Se nos ha ocurrido repetir el experimento en la Fundación —añadió el ministro, con un suspiro—. Para ello, usted nos hace falta. Pero sería arriesgado enviarle de nuevo allí y correr el peligro de un nuevo plan criminal por parte de nuestro funcionario traidor. De modo que al comisario Renaud se le ocurrió la idea de dar publicidad a una supuesta ejecución de Alain Villard..., y así, oficialmente, usted muere por el momento.

—Ya —entorné los ojos—. ¿Y luego...?

—Luego, una vez engañados los periodistas y testigos de la falsa ejecución, un cadáver cualquiera del depósito será decapitado y enterrado como si fuese Alain Villard en persona.

—Muy bien. ¿Y yo? ¿Dónde se supone que debo ocultarme?

—¿Usted? En ninguna parte —rió el comisario, ahora—. Es más: se dejará ver por todo el mundo. Volverá a la Fundación. Está arreglado eso en parte. Sólo falta su aprobación al plan.

—¿Qué plan, comisario? —Le miré, receloso.

—Usted tiene un hermano, ¿no es cierto?

—Un hermano... —Ceñudo, sorprendido, asentí despacio—. Sí. Jacques... Mi hermano Jacques... Pero lleva años en Canadá. No sé

nada de él desde hace mucho tiempo. Creo que reside en Ottawa.

—Sí, son los informes que yo poseo —asintió el comisario con aire apacible—. Trabaja también en electrónica, ¿cierto?

—Muy cierto. Pero su trabajo es diferente al mío.

—¿Saben eso en la Fundación?

—No. No creo. Nunca hablé de la especialidad de Jacques, dentro de la electrónica. En realidad, mi hermano y yo hemos tenido tan poco contacto, siempre, que rara vez comenté algo relacionado con él.

—Perfecto —sonrió Renaud, malicioso—. Así, Jacques Villard entraría en su puesto en la Fundación, una vez asistiese a los funerales por su hermano Alain...

—¿Qué? —exclamé, asombrado—. ¿Jacques va a venir a Francia?

—No —rió el policía—. Que yo sepa, no. Jacques Villard... «será usted mismo». Si acepta, claro está, el plan fijado...

* * *

Acepté.

Y ahora, estaba procediendo a una segunda fase en el desarrollo de aquel plan, quizá demencial, imaginado por la astucia del inefable comisario Renaud.

Me estaba convirtiendo en mi propio hermano Jacques.

Para ello, debía teñirme el cabello de un tono más oscuro, alterar mi nariz y mis mandíbulas con unas piezas especiales de goma, usar lentillas de color oscuro, que cambiaban notablemente el color gris de mis ojos en uno marrón intenso, más utilizar unas gafas de montura metálica y cristales amarillentos, que alterasen más aún mi apariencia.

Un peluquero especializado alteraba mi peinado, afeitaba mi frente, dando otra forma de entrada al cabello, hasta hacer de mi rostro algo vagamente parecido al del original Alain Villard, pero bastante alejado del mismo. Lo suficiente para pasar por un hermano, pero no por mí mismo. Era justamente lo que ellos buscaban.

Unas ropas diferentes, algo más sobrias que las mías habituales, y un gabán en vez de mi habitual gabardina o sobretodo deportivo, así como un sombrero oscuro —yo nunca antes había llevado

sombrero—, completaron la transformación.

—Ahora, vamos a ensayar una forma diferente de hablar, que altere lo más posible su voz, aunque ya resultará gangosa y deformada, gracias a las gomas de sus fosas nasales y a los rellenos de sus mejillas —dijo un especialista de la policía, tomándome por su cuenta.

Horas más tarde, hablaba con un raro acento, mitad francés mitad americano, para el que mis conocimientos de inglés habían sido un buen aliado. Grabé mis palabras, y me sorprendí yo mismo de su efecto. No parecía mi voz, eso seguro.

—Perfecto, señor Villard —dijo un funcionario del Deuxième Bureau que acudió más tarde a examinar mis progresos en esa interpretación de un nuevo Villard, diferente al que todos conocían—. Creo que nadie podrá descubrir el truco..., a menos que tenga intimidad con alguien en la Fundación. Ya me entiende: esa clase de intimidad en la que es más difícil fingir.

—¿Una mujer? —Sonreí, moviendo negativamente la cabeza—. No, nada de eso. Sólo hay dos mujeres en mi pabellón de trabajo: son la doctora Giradoux, sobrina del difunto profesor Pierre Louis Giradoux, creador de la fundación de su nombre, y la directora de programadores, doctora Brigitte Pierreux. Con ninguna de ellas tengo intimidad. La primera es joven y bonita, pero es tan fría como profesional. Casi una computadora más en la Fundación. La doctora Pierreux podría ser mi madre. Eso supongo que deja bien clara la situación... afectiva.

—Tanto mejor. Una mujer enamorada, resulta el más peligroso y sutil de los observadores imaginables. No hay nada ni nadie capaz de engañarla. Hemos aprendido eso en psicología práctica, señor Villard.

—Para los altos funcionarios de la Fundación, yo era una especie de bala perdida, un hombre de vida irregular, puesto que tenía una amante, y ellos lo sabían —sonreí, mirándome una vez más en el espejo, sin reconocerme—. Supongo que ahora deberé aparentar ser todo lo contrario.

—Es lo mejor, sí. Así resultará más diferenciado respecto a sí mismo. Adopte un aire grave, serio, taciturno incluso. Y hable poco. Sea poco comunicativo. Es la mejor forma de no cometer errores. Y, sobre todo, recuerde: usted es «Jacques» Villard, no Alain. Nunca

responda al nombre de «Alain». Y siempre al de «Jacques». Es vital.

—Lo trataré de tener siempre presente —suspiré—. Eso es algo puramente reflejo, y hay que tener cuidado.

—Sí. A partir de ahora, en todo hay que tener mucho cuidado. Los miembros de la Fundación podrían ser informados de su identidad real y de cuánto hemos proyectado —dijo el comisario Renaud—. Pero quizá alguno cometería un error, o se pondría nervioso, o haría una imprudencia. Por eso hemos pensado que, desde el primero al último, es mejor que ignoren absolutamente todo sobre lo que vamos a hacer. De ese modo, los cuatro sospechosos no podrán advertir nada que les haga recelar. Serán dos días de prueba.

—¿Van a permanecer otros días encerrados allí, en régimen de internado?

—Sí —asintió Renaud—. Igual que la otra vez.

—¿Pero sólo los cuatro sospechosos?

—Sólo los cuatro. Uno de ellos, forzosamente, es un traidor, un saboteador..., y un asesino. Uno de ellos sabía o sospechaba para qué era aquella pretendida experiencia o *test* oficial del Gobierno a sus altos funcionarios. Por tanto, también lo sabrá y sospechará ahora, con más motivo. Si planeó la muerte de un hombre en esa ocasión (porque en realidad era «su» muerte, Villard, la que él buscaba), llegando a matar a una mujer indefensa para ello, no se detendrá ante nada en esta ocasión. Para él, «otro» Villard ocupará el puesto de programador en la máquina computadora Gamma. Usted también estará esta vez en régimen de internado, conviviendo con ellos. El *Deuxième Bureau* ha pedido eso a la Fundación, como hecho especial. Ellos accedieron. Ahora, esperan que un Jacques Villard, hermano del ajusticiado Alain, llegue de Ottawa y trabaje provisionalmente, ocupando el puesto vacante dejado por su hermano, al menos en ese experimento. Todo está ultimado y resuelto por el Ministerio en ese punto. Y nadie parece sospechar la verdad. Pero usted se dará cuenta del peligro que va a correr en esas cuarenta y ocho horas, conviviendo bajo el mismo techo con un asesino que trata de ocultar, mediante el crimen, su condición de traidor a Francia y traficante en secretos de Estado.

—Sí, me doy perfecta cuenta —asentí, pensativo. Le miré con expresión seria. E interrogué, lleno de curiosidad—: Comisario...

¿Quiénes son los cuatro sospechosos, exactamente?

—Tal vez se lleve una sorpresa, Villard. Porque se trata de cuatro altos funcionarios del Gobierno francés. Dos hombres..., y dos mujeres.

—¡Dos mujeres! —Me quedé perplejo—. De modo que el «cliente» de André Hunot, el hampón, puede ser... una mujer.

—Podría serlo, sí. Las posibilidades están al cincuenta por ciento. Ahora, vea a los cuatro sospechosos.

Puso ante mí cuatro fotografías y cuatro expedientes minuciosos. Miré los nombres:

René Tissier. —Seguridad del Estado. Secretario.

Charles Duprez. —Oficina Diplomática.
Información. Jefe Sección A.

Jeanette
D'Arc.

—Estado Mayor. Delineante planos.

Dominique Lenormand. —Ministerio de Defensa.
Archivadora.

Eran cuatro nombres, cuatro posibilidades.

Me estremecí. Leídos allí, vistas sus fotografías, parecían cuatro personas absolutamente normales. Dos hombres, joven uno, maduro el otro; dos mujeres, rubia una, morena otra, y ambas atractivas y jóvenes.

Pero había algo más que eso. Mucho más. Uno, entre los cuatro, era un traidor a su patria y había sustraído copias de documentos trascendentales, entregándolos a otro país. Además, sabotéó hábilmente las computadoras, borró su «memoria» y anuló diagnósticos, deshaciendo la obra de muchos meses.

Y, por añadidura, era un asesino.

Había matado fríamente a Gaby Morel. Y me había intentado enviar a mí a la guillotina. Un solo segundo le separó del éxito total en su diabólica empresa.

Ahora, tenía que enfrentarme nuevamente a él. «O a ella».

Pero antes, tenía que asistir a mi propio funeral. Debía estar presente en el cementerio, en la inhumación del cadáver de mi

persona.

Porque hay algo que no debo olvidar. Yo, Alain Villard..., anoche fui ejecutado en la guillotina.

TERCERA PARTE

DESPUÉS DE ESA NOCHE

CAPÍTULO PRIMERO

Los periódicos publicaban la noticia en sus primeras páginas cuando yo «llegué» al aeropuerto de Orly, en un vuelo procedente de Ottawa.

Lo cierto es que nunca viajé en aquel avión, pero el nombre de Jacques Villard figuraba en la lista de pasaje, y fui depositado tan hábilmente en la pista, de aterrizaje, que mi entrada, con toda la fila de pasajeros descendidos del avión, maletín en mano, no pudo ser más natural.

Cualquiera hubiese jurado que yo llegaba en aquel vuelo. Vi al comisario Renaud, entre el público que deambulaba por Orly, y él me hizo un guiño rápido de aprobación. Al parecer, todo iba bien.

Estaba seguro de que otras personas mezcladas en el caso me vigilaban y seguían de cerca, pendientes del resultado de aquella parte decisiva del plan. Luego sería más difícil todo para mí. Dentro de la Fundación, nadie podría vigilarme ni cuidar de mi seguridad, salvo yo mismo.

Allí empezaría lo peor. Y lo realmente decisivo.

Me encaminé a un hotel céntrico de París, donde me registré con mi nombre de Jacques Villard. El pasaporte que el comisario Renaud y el ministro del Interior me habían facilitado, era legítimo en todos sus aspectos, menos en uno: el nombre allí inscrito. Y la fotografía, que era la mía, aunque después de la alteración física montada por el Deuxième Bureau.

Para todos los efectos legales, era el hombre de Ottawa. Mi propio hermano. Y como el pasaporte y documentación eran perfectos, nadie podía sospechar de mí en ese terreno.

Ésa fue la primera jornada de mi actividad, después de haber sido oficialmente ejecutado. Vi mi propia fotografía en los

periódicos, leí cómo había sido guillotinado Alain Villard dos noches antes.

Me estremecí, pensando en que todo aquello podría haber sido cierto, de tardar un poco más el comisario Renaud en dar con el hombre del hospital Picpus, el maleante André Hunot, y por tanto con la verdad sobre el asesinato de Gaby Morel.

Pero no había sucedido así. Todo era una farsa montada, como parte de una enorme y compleja trampa preparada para cazar a un asesino.

Y yo era parte de la trampa. Yo debía identificar a un traidor y asesino. O morir en el empeño. Porque la muerte, a fin de cuentas, era mi riesgo. Seguía siendo mi siniestra y oscura compañera de cada día...

Quizá para irme familiarizando con esa idea, al día siguiente estaba presente en el cementerio de Montparnasse, para despedir los «restos mortales» del ajusticiado Alain Villard...

Tal vez era el primer hombre que asistía a su propio funeral.

Vi sepultar en la tumba vulgar el féretro de caoba, con adornos y crucifijo de plata. Un sacerdote dijo lo habitual en estos casos. Luego, pusieron una lápida sobre la tumba. Me acerqué.

Casi tuve un escalofrío cuando leí sus letras en relieve:

Aquí yace Alain Villard,
LOS QUE LE AMARON, RECEN POR ÉL.

Poco más. Una fecha, una cruz... El comisario Renaud sabía hacer las cosas. Todo aquello tenía sabor a realidad. Miró a los escasos asistentes a la ceremonia fúnebre. Ellos desfilaban hacia mí para manifestarme su pesar de modo ceremonioso. ¿Me reconocería alguno de ellos?

No, no era posible, pensé. Yo estaba enterrado. Olvidado. Ahora, yo era Jacques, mi propio hermano. Miré a Marcel Giradoux y su prima Susan, a la doctora Pierreux, a Jean Leblanc, compañero mío en ordenadores...

Todos estrecharon mi mano con solemnidad. Miré a los ojos a todos ellos, a través de mis gafas amarillas, a la sombra de los cipreses, en un día nublado y frío, mientras el aire húmedo agitaba

mi oscuro gabán y las ropas sobrias de los asistentes. Lo hice casi osadamente. Había que hacer la prueba cuanto antes. Resultó positiva.

Nadie pareció dudar que yo fuera el tal Jacques Villard, recién llegado del Canadá. Sus palabras de condolencia fueron vulgares, pero sonaban a sinceras. Me limité a murmurar monosílabos de gratitud, moviendo la cabeza con aire de circunstancias.

Cuando los cuatro únicos asistentes se dispersaron, como embarazados por la idea de haber tenido que asistir a un funeral tan insólito como aquél, me quedé mirando la fosa donde yacía un desconocido, un cuerpo cualquiera de la Morgue, decapitado para representar perfectamente la farsa.

—¿Quién diablos serás tú, el que se encuentra ahora ahí? —murmuré, sacudiendo la cabeza—. Tal vez nadie te lloraría en la vida... de no haber ocupado mi puesto, ahora.

El día era desapacible, y el cementerio me resultaba insoportable. Eché a andar hacia la salida.

De repente, la vi.

Estaba allá, entre los cipreses. Como escondiéndose de los demás. Asistía al funeral de un modo discreto, callado, casi clandestino. Vestía de oscuro. Se la veía muy diferente a como yo la conocí. Aun así, pude identificarla en seguida.

Era Vanessa. Vanessa Cash, la cantante inglesa del International.

Ella me vio, también. Por un momento, sentí una rara rigidez. ¿Podría tal vez ella...? En seguida aparté la idea de mi mente. Debía hacerme a la situación actual. Yo estaba muerto. Ejecutado en la guillotina. Yo... no existía ya para nadie. Tampoco para Vanessa.

Salió de entre los cipreses. Echó a andar hacia mí. La miré, preocupado. De pronto, recordé que yo «no debía» conocerla. Me moví hacia la salida, con naturalidad, como si no pensara en que ella podía estar allí por la tumba recién tapada.

—Un momento... —Oí su voz a mi espalda, sin volverme. Luego, añadió, más débilmente—: *Monsieur*, por favor... Un momento, *monsieur Villard*...

Me volví, como sorprendido. Me miraba con fijeza, parada ante mí. La miré a mi vez, expectante.

—¿Sí, señorita...? —Procuré que mi gangosa voz actual no se pareciese en nada a la de antes, la que ella oyó en el club nocturno.

—Mi nombre es Vanessa Cash —dijo—. Soy una vieja amiga de su hermano... Usted es Jacques Villard, ¿no es cierto?

—Sí —afirmé—. Soy Jacques Villard. ¿Dice que era amiga de Alain?

—Eso es. Le conocí una vez... —Ensoñadora, cerró sus ojos un momento. La vi respirar profundamente—. Siempre esperé verle de nuevo. No fue posible...

—¿Por qué no?

—El..., él y yo nos conocimos..., la noche en que Gaby Morel murió —dijo Vanessa.

—Entiendo —bajé la cabeza—. ¿Estaba ebrio, entonces?

—¿Ebrio? ¡Oh, no, no...! —rechazó vivamente—. Estaba totalmente sereno. Era encantador. Trabajaba en computadoras...

—Yo también —afirmé—. Vengo de Canadá. Usted parece ser inglesa...

—Sí, lo soy. Canto en un club nocturno. Pero no es lo que pueda pensar. Alain y yo nos conocimos a última hora. Charlamos, tomamos una copa... Eso fue todo. Se fue. Y nunca más volví a verle.

—Ya —clavé mis ojos en ella—. ¿Va siempre al funeral de los que conoce en el club?

—No sé de ninguno que haya muerto, aunque sean mucho más viejos que su hermano —suspiró—. El es el primero. Y era... diferente. Por eso he venido.

—Pero usted sabe la historia, sin duda...

—Claro. La sabe todo París. Todo Francia. Dicen que mató a Gaby Morel. Él siempre lo negó. Dijo que era inocente.

—Eso lo dice todo el mundo —me encogí de hombros y miré a la tumba—. Pero sí. Creo que Alain no pudo matar a nadie. No podía ser un asesino. Claro que yo soy su hermano, y...

—Yo apenas le conocía. Sin embargo, siempre estuve segura: era inocente.

Me sorprendió. Casi me emocionó. La miré con mayor interés.

—¿Cómo puede estar segura? —pregunté.

—No sé... Son cosas que se saben. Se sienten. El no pudo matar a aquella mujer. Un hombre como él, no podía ser un asesino.

—¿Tanto creía conocerle?

—Quizá. No sé si le conocía lo bastante. Pero sí sé algo, señor

Villard.

—¿Qué?

—Le amaba.

Me quedé frío. La miré aturdido, sin reaccionar. Era una revelación súbita, increíble. Vanessa, la pelirroja muchacha del club. Estaba llorando. Vi lágrimas en sus ojos, en sus mejillas. Y decía amarme...

¿Se podía amar, en sólo una hora escasa, a un hombre a quien ni siquiera se conoce? No supe qué responderme a mí mismo. Pero recordé algo que dijera el comisario Renaud: «Cuidado con cualquier mujer que sienta algo afectivo, hacia usted. Ellas nunca confunden al hombre amado...».

Sentí miedo. Un miedo repentino hacia Vanessa Cash. Ella «sí» podía reconocerme, si no estaba mintiendo. Y no tenía motivos para mentir.

—Usted le amaba —dije gravemente—. Y yo soy su hermano, señorita. ¿Se da cuenta? No vale mucho nuestra opinión en este caso. Lo cierto es que Alain está muerto...

—Sí —suspiró—. Muerto. Y mientras tanto, un asesino vive, anda suelto... Alguien tendría que ocuparse de él, ¿no cree, *monsieur* Villard?

Se alejó de mí, tras una leve inclinación. Tal vez no amaba a Alain Villard tanto como decía. A mí, cuando menos, no me había reconocido. Para ella, yo estaba muerto y sepultado.

La vi alejarse. Esbelta, juvenil, casi enlutada. Traté de salir de mi sorpresa. Y luego, con mayor lentitud, me encaminé a la salida del cementerio parisiense.

El primer paso difícil, había quedado atrás. Alain Villard era sólo un recuerdo, para muchas personas relacionadas con él en vida. Yo no existía ya. Era una sombra.

Ahora, el paso siguiente era la Fundación Giradoux.

Las computadoras. El juego mortal contra el asesino. Allí es donde debía pasar el verdadero examen difícil, la prueba de fuego definitiva.

Estaba dispuesto a ello. Con todas sus consecuencias. Después de todo... no había otro remedio.

CAPÍTULO II

Conocí a Jeannette

D'Arc,

delineante de planos del Estado Mayor francés, apenas entré en la Fundación Giradoux y me encaminé al lugar donde siempre había trabajado cuando yo era Alain Villard.

La morena y opulenta joven deambulaba por la sección, tras haber pasado una de las pruebas en los ordenadores, almacenando datos sobre su vida y sobre sus reacciones ante ciertos *tests* psicotécnicos. Recordé haberle visto antes, cuando se inició la primera «Experiencia Vidocq». Una mujer con aquellos senos y aquellas caderas, resultaba difícil de olvidar, después de todo.

La muchacha casi se me echó encima, estrujándose con sus enormes pechos, rebosantes de su atrevido escote. No sé si era un choque casual o intencionado.

—¡Oh, perdone...! —murmuró, mirándose turbada. Luego, sonrió, animosa—. ¡Vaya! Si no es ninguna de esas máquinas, sino un hombre de carne y hueso... y bastante guapo...

Resultaba admirable que me llamase «guapo», tras la serie de alteraciones sufridas por mi sufrido físico. Traté de mostrarme tan humorista como ella, aunque sin alterar mi actual aire severo.

—Aquí no todo son máquinas —dije—. Ellas nos necesitan para actuar...

—Estuve ya una vez en este horrible lugar. Parece un mundo de ciencia ficción, un lugar sin alma, sin calor... —exhaló un suspiro, y se mantuvo cerca de mí, como si el contacto de sus encantos contra mi torso no tuviera la menor importancia—. Pero tal vez si alguien me lo mostrase con algún detalle, lo entendería mejor y me resultaría más agradable...

—No hay mucho que explicar —sonreí, como forzado—. Pero venga. Le mostraré mi lugar de trabajo. Es todo lo que puedo hacer por usted, señorita...

—¡Oh, será maravilloso! —estalló con entusiasmo—. Mi nombre es Jeannette. Jeannette D’Arc.

Puede llamarme simplemente Jeannette. Creo que todos vamos a ser compañeros y amigos durante dos largos días... Prefiero la amistad de un hombre que la de todas las máquinas habidas y por haber, puede creerlo...

La creí. Se había colgado de mi brazo y entraba conmigo en la jaula de vidrio de mi lugar de trabajo. En realidad, Jeannette D’Arc

era una temperamental. Estaba seguro de ello. Y creo conocer a las mujeres lo suficiente. Pero ese punto flaco de ella, podía servirme para llegar a su interior casi con mayor rapidez que todas nuestras computadoras, y tratar de saber si sus desvíos patológicos eran sólo de tipo amoroso, o había algo más tras aquella máscara erótica de provocación.

Le mostré el funcionamiento de mis máquinas, y pareció mostrarse entusiasmada de un modo infantil y superficial. Yo la vigilaba, por si dentro de todo aquello había algo más, pero de ser así, no fui capaz de advertirlo. Seguía pareciéndome, simplemente, una hembra turbulenta y nada más. Pero eso podía ser simple apariencia, una estudiada fachada dispuesta para engañar a alguien. A mí, entre otros.

Confieso que, en aquellos momentos, nada pude asegurar. Sólo que la exuberante Jeannette era... como era, Y que no perdía ocasión de demostrarlo. Puedo dar fe de ello. Gamma, mi computadora, también podría hacerlo. Pero era sólo una máquina, al menos en el terreno amoroso. Y nunca reveló nada de lo sucedido allí aquel día, puedo dar fe de ello.

* * *

Me sorprendió mucho Charles Duprez, jefe de la Sección A de Información, de la Oficina Diplomática del Gobierno francés. Me sorprendió por su miedo.

Estaba asustado por algo, no pude saber por qué. Miraba con

aprensión a las computadoras. Y con temor a las personas. Era un hombre joven, pero inseguro. Humedecía sus labios con frecuencia, miraba a todas partes con inquietud, y su modo de estudiar a las personas era huidizo. Vestía elegantemente y parecía culto y educado. Pero su miedo indefinible me preocupó y me interesó por su persona. En mis primeras horas, fingiendo entrar en contacto con la forma de manipular a Gamma —mi vieja, querida amiga electrónica, la fiel Gamma—, tuve ocasión de hablar con él en dos ocasiones. Ambas a causa de los *tests* previos que debía hacerle, para suplir todo el material borrado por el sabotaje en la ocasión anterior.

—Detesto todas estas cosas —me dijo, malhumorado, en la segunda ocasión.

—¿Qué es lo que detesta, Duprez? —me interesé.

—Todo lo que es mecánico, frío, irritante. Además, no me gustan las pruebas psicotécnicas. Es un procedimiento inhumano y cruel de poner a prueba a los seres humanos. Casi nunca da resultado. La gente más importante del mundo, la que siempre hizo algo por la humanidad o alcanzó el poder, la fama o el dinero, jamás pasó por uno de esos *tests*, podría jurarlo.

—¿Acaso les tiene usted miedo a los *tests* actuales? —pregunté con una sonrisa.

—¿Miedo? —Me miró como si esa misma palabra le produjese también, paradójicamente, un auténtico miedo—. ¡Oh, no, no es eso! Sólo es... aprensión. Disgusto. No quiero que nadie mida mi capacidad de ser y de pensar. Y menos unas malditas máquinas...

Lo cierto es que cubrió los *tests* con brillantez, Pero no era eso lo que buscábamos, sino el almacenamiento de datos psíquicos y humanos de cada uno de nuestros cuatro sujetos.

Mentalmente, aunque yo no era Gamma, ya tenía mi propio diagnóstico sobre Jeannette

D'Arc

y Charles Duprez, dos de nuestros sospechosos: una ardiente temperamental... y un miedoso, inseguro, falto de fe en sí mismo. Eso les definía. Me pregunté cómo serían los otros dos sospechosos. Pronto tuve respuesta cumplida.

—¡Me niego a responder! ¡Todo esto es una sucia trampa! ¡Buscan hundimos, hacernos decir y hacer lo que no queremos! ¡Hasta nuestro Gobierno nos traiciona y envilece!

Se arrojó sobre la computadora, dispuesto a golpearla como fuese, a golpes de puño, a patadas. Tuve que reaccionar con rapidez y precipitarme sobre René Tissier, secretario de Seguridad del Estado. De otro modo, hubiese averiado seriamente a Gamma.

Su arranque de ira parecía totalmente injustificado. Tuve que pedir ayuda. Por fortuna, Marcel Giradoux, el hijo del creador de aquella institución electrónica, estaba cerca de allí y vino en mi auxilio. Entre ambos redujimos del mejor modo posible al irascible caballero de mediana edad, rostro enrojecido y gesto violento.

—¿Por qué hizo eso, *monsieur* Tissier? —le reprochó gravemente el joven Giradoux—. Pudo haber causado daños muy serios a nuestras máquinas...

—Lo... lo siento... —Se estaba calmando. Parecía realmente arrepentido de lo que había hecho. Tal vez se culpaba a sí mismo por su falta de serenidad—. Pero ya hicieron una vez estas mismas pruebas, y no sirvieron de nada. Es más, creo que desde entonces, las cosas se han puesto peores para mí. Soy muy observador, muy sensible para ciertas cosas. Estoy seguro de que me vigilan, me espían... No se fían de mí. Debieron descubrir, por mi actitud sincera ante esos malditos *tests*, que encuentro muchas cosas criticables en nuestro actual Gobierno... Y eso no es una falsedad ni una traición. Es, simplemente, ver las cosas tal como son, caballeros.

—Yo no entiendo de política, *monsieur* Tissier —fue la seca respuesta de Marcel Giradoux—. Pero hago un trabajo, y me gusta que la gente colabore y se comporte civilizadamente.

—Disculpen. No volverá a ocurrir —jadeó Tissier, mirándonos cohibido—. Sin embargo, no van a engañarme fácilmente. Éstos no son *tests* vulgares. Me están mintiendo.

—¿Mintiéndole? —Le miré fijamente—. ¿Quién, *monsieur* Tissier?

—Todos. Antes fue su hermano, junto con los demás, *monsieur* Villard —me replicó—. Ahora, es usted. Y los otros, claro. Incluido mi propio Gobierno... Sospechan de mí. Creen que soy un traidor. Eso es lo que ellos buscan. «Sé» que hay un traidor. Pero no soy yo.

Y con repentina arrogancia, mirándonos a ambos agresivamente, René Tissier salió del recinto. Parecía más calmado. Pero sus palabras me preocupaban. Y también a Giradoux.

—Ese hombre, o es muy inteligente, o sospecha de todo el mundo —comentó el joven Marcel, cambiando conmigo una mirada—. Lo malo es que no le falta razón.

Asentí, registrando en mi ordenador los datos obtenidos por parte del *test* de Tissier. Y le añadí mi propio informe personal sobre el sujeto:

«René Tissier. Receloso. Suspica. Violento. Hipersensible. Sabe la existencia de una traición y de un traidor. No elude el tema. ¿Sinceridad o audacia?».

Aquello pasó a la «memoria» electrónica, para acumularse con los demás conocimientos personales de nuestros sujetos. Igual que mis impresiones sobre los dos anteriores.

Faltaba el cuarto personaje: Dominique Lenormand, archivadora del Ministerio de Defensa. Y, como todos, con acceso relativamente fácil a los documentos copiados y facilitados a otra potencia extranjera no hacía mucho tiempo.

No tardé en obtener los datos que precisaba sobre ella. Susan Giradoux, la prima de Marcel, fue el vehículo involuntario que me facilitó esa tarea.

Ambas se conocían de cuando estudiaban. No habían vuelto a verse hasta la anterior ocasión en que Dominique estuvo en la Fundación, cuando el «Experimento Vidocq». Ahora, la acompañó hasta mi lugar de trabajo, recomendándome con una sonrisa:

—Trátela bien, Jacques. Su hermano ya lo hizo entonces. Dominique es una buena amiga, y excelente compañera de estudios. Ciertamente una vez obtuvo copias de los cuestionarios del examen, y estuvimos a punto de aprobar con matrícula de honor con esa trampa —la sobrina del gran Pierre Louis Giradoux, se echó a reír de buen grado—. Pero Dominique se arrepintió a última hora, tuvo escrúpulos de conciencia, y confesó al rector su delito.

—Vaya... A eso le llamo yo honradez. Algo tardía, pero honradez, después de todo —sonreí a la joven rubia y atractiva que

Susan Giradoux me había presentado por segunda vez, en mi nuevo papel de Jacques Villard.

—No crea —rió ella, suavemente—. Creo que fue miedo a las consecuencias. El miedo hace honradas a muchas personas, créame.

—La creo —asentí. Miré su ficha, como si ignorase quién era—. Pero usted debe ser muy miedosa... o muy honrada. Veo que es archivadora del Ministerio de Defensa. Muchas cosas del país dependen de usted, pasan por sus manos... Deben confiar mucho en su honradez.

—Y en mi miedo —ella rió otra vez de buena gana. Luego, miró la computadora—. ¿Sabe una cosa? Me enfrento a esos aparatos pensando que son confidentes terribles y despiadados. Ellos nunca sienten compasión por revelar lo que saben de uno.

—Eso es cierto. Pero usted quizá no tenga mucho para ser revelado, *mademoiselle* Lenormand...

—¡Oh, no esté tan seguro de eso! —Me miró con malicia—. ¿Sabe lo que me gustaría hacer, si no fuese porque no sé manejar estas máquinas?

—¿Qué?

—Obtener de ellas todo lo que sus circuitos dicen sobre mí. Y luego, destruirlo.

—¿Destruirlo? ¿Para qué?

—Para que nadie supiera realmente cómo soy yo. Ante un hombre, puedo disimular, mentir, falsear, pero ¿cómo se hace todo eso ante una fría máquina?

—No sé —sonreí, empezando a preparar la fase previa del cuarto y último *test* personal—. Conozco muy bien esta clase de ordenador. Pero uno nunca sabe cómo vencer a un enemigo tan peligroso... A fin de cuentas, una máquina no puede ser asesinada.

—No. Pero puede ser destruida... —apuntó Dominique risueñamente.

—Tal vez —me encogí de hombros—. Pero ya todos los datos habrían pasado a otra «memoria» electrónica, y eso no serviría de mucho.

—Entonces... habría que borrar esa «memoria», ¿no es cierto? —sugirió ella vivamente.

—Sí —la miré, pensativo. Eso era, justamente, lo que «alguien» había hecho en la Fundación durante el *test* anterior. Miré a Susan

Giradoux, que parecía tan pensativa como yo—. Eso sí daría resultado...

La doctora Giradoux me contempló con sus ojos penetrantes y vivaces. Tal vez se preguntaba, como yo mismo, si su antigua compañera de estudios, del mismo modo que robaba los cuestionarios de examen, había borrado un día la «memoria» electrónica, haciendo inútil todo el *test* tan minuciosamente preparado...

Mentalmente, ya había calificado a Dominique Lenormand, y pasé esa información a la «memoria», a través de la programación de Gamma:

«Dominique Lenormand: Audaz, poco escrupulosa. Con arranques de honestidad. O de temor a las consecuencias de sus actos ilícitos. Rápida imaginación. Le preocupa que penetren demasiado en el lado oculto de su ser. ¿Miedo subconsciente, acaso?».

Sí. Había empezado a conocer a mis cuatro sospechosos. Y era sólo el principio del juego.

Lo que siguió, no fue ya tan fácil ni tan apacible.

Entonces comenzó realmente el peligro. No sólo para mí, sino para Gamma, la computadora.

Ella fue la primera atacada. Tal vez lo que intentaron era, realmente, «asesinar» a una máquina electrónica.

Y estuvieron a punto de conseguirlo.

CAPÍTULO III

No tenía sueño aquella noche. Y me sentía muy preocupado por algo que no podía definir. Tal vez eso me hizo volver al pabellón de computadoras, me identifiqué en el acceso de control al vigilante de noche, y pasé al interior.

Cuando llegaba a la cabina donde estaba situada Gamma, escuché aquel leve ruido. Me detuve y agucé el oído. Mis nervios se pusieron rígidos. El comisario Renaud me había provisto de un arma, en previsión de cualquier contingencia grave. Era una pequeña automática de calibre 32, suficiente para defenderme en caso de apuro.

La acaricié, en el bolsillo de mi pantalón, bajo la bata de trabajo de la Fundación. Me aproximé a la puerta de la cámara. Escuché un instante. El ruido se repitió allí dentro. Capté un chasquido, una rotura de vidrios...

Rápidamente, pulsé el llamador de alarma, y accioné la puerta, penetrando en la cabina. No llegué a empuñar el arma, por miedo a revelar demasiado pronto el hecho de que iba armado, cosa insólita en un simple programador electrónico.

Tal vez me equivoqué en eso, no pude saberlo. Lo cierto es que, apenas pisé mi lugar de trabajo, una sombra humana se precipitó sobre mí, mientras un panel de vidrio del ordenador, aparecía roto ante mis ojos, con chisporroteos de algún circuito dañado, allá en el interior.

—¡Maldito saboteador...! —rugí, airado, al tiempo que el desconocido se me venía encima, en la penumbra del gabinete, alumbrado sólo por los reflejos de luz azul de otras cámaras, filtrándose a través de unas persianas graduables, casi ajustadas.

Traté de luchar, pero la ferocidad misma de mi agresor me

sorprendió estúpidamente, y admito que obré con mucha torpeza, dejándome golpear y lanzar contra el muro, donde choqué violentamente, sintiendo un aturdimiento súbito y profundo.

Luché contra esa sensación, y traté de precipitarme sobre el agresor, que ya huía, con celeridad, en tanto sonaba agudamente la alarma en todo el pabellón y, por supuesto, en toda la Fundación.

Borrosamente, creí advertir que se cubría el rostro con algo oscuro, y su cuerpo iba envuelto en una prenda larga, envolvente, que hacía difícil su identificación. Pero todo ello fue rápido, relampagueante casi, y no estuve seguro de nada, mientras me tambaleaba, vacilante, y retiraba la mano de mi rostro, comprobando que había sangre en mis dedos. El agresor nocturno me había herido al golpearme. Sin duda, llevaba algo en su mano. Algo contundente. Sin embargo, estaba convencido de no haber visto objeto alguno contundente. Tal vez era un guantelete de metal, aplicado a sus nudillos.

Oí ruido de pisadas alejándose, y salí torpemente de la cabina, para iniciar la persecución del que huía. Luego, escuché como ruido de lucha, un grito de mujer, y una caída. Ya no capté más rumor de pasos.

Corrí presuroso por entre las hileras de máquinas y de paneles iluminados, hasta llegar a una sala llena de tambores grabadores de datos. En medio de la estancia, tendida sobre una moqueta azul intenso, yacía alguien a quien conocía muy bien.

—¡Doctora Giradoux! —exclamé, alarmado.

La joven giró la cabeza, con un gemido. Me miró, agitando un brazo. Vi su rostro, también ensangrentado por la herida de algo incisivo. Capté sus palabras, cuando señaló la salida de emergencia:

—Por allí... —jadeó—. Creo que desconectó el sistema de seguridad, Jacques...

Me incliné hacia ella, para auxiliarla, pero negó con la cabeza, apremiándome:

—No, no... Mejor que siga a ese hombre... No pude reconocerle..., pero temo lo peor... Esto no es nada...

Era una herida, pero, como la mía, poco profunda, resultado de un golpe violento en el rostro, para abrirse paso en su fuga. Dejé a la doctora en la sala de grabadoras, y corrí hacia la salida de emergencia. Era cierto. Los sistemas de alarma estaban

desconectados. Nuestro misterioso personaje fugitivo, sabía lo que se hacía.

Aunque llegué hasta el exterior, donde me encontré con personal de la Fundación, al que me identifiqué, explicando la agresión de que fuimos objeto la doctora Giradoux y yo, no pude ver ni rastro del evadido. La noche, el exterior, con sus zonas ajardinadas, rodeando los *bungalows* en que residían los invitados de la Fundación, guardaba su hermético secreto. La gravilla y el cemento del suelo, no mostraban huellas fácilmente. Y nadie había visto al fugitivo. De modo que resultaba inútil buscarlo.

Era fácil imaginar que en uno de aquellos cuatro *bungalows*, alguien se recuperaba ahora de una carrera desesperada. Pero no sería tarea sencilla probar nada a nadie. De modo que regresé al interior de la instalación.

—Vamos —dije—. Ya no se puede hacer otra cosa, auxiliemos a la doctora...

Y, cuando ya me volvía para iniciar la marcha hacia el interior del pabellón, una voz preguntó desde los jardines de la zona residencial, allá frente a nosotros:

—¿Qué es lo que ocurre, *monsieur* Villard? Esas voces me han alarmado...

Miró hacia allá. Desde la arboleda y los setos, corría hacia nosotros uno de los cuatro sospechosos. Venía jadeante por la marcha. Pero podía ser por otros motivos.

Se trataba de René Tissier, el hombre receloso y violento, que había pretendido ya ante mis propios ojos, golpear a la computadora Gamma.

* * *

—No es nada, ya se lo dije, Jacques... —La doctora me sonrió, agradecida, con un esparadrapo en su mejilla, que no lograba alterar su natural belleza, serena y aristocrática—. De todos modos, muchas gracias... ¿Y usted? ¿No se cura esos cortes?

—¡Oh!, no hace falta —rechacé. No quería que nadie tocara mis mejillas rellenas—. Ya me desinfecté. Ahora prefiero que les dé el aire, y mañana me pondré algo encima. No es grave, por fortuna. Pero el fugitivo nos golpeó con un objeto de metal aplicado a su mano, no hay duda.

—Esto me preocupa —comentó el joven Marcel Giradoux, primo de Susan y heredero directo con ella de la gran empresa paterna—. La vez anterior hubo un sabotaje a las máquinas, pero ningún atentado personal... Si se trata de la misma persona, creo que se ha vuelto ahora todavía más peligrosa...

—Puede que se sienta acosada y tema ser descubierta —opinó Susan, con un suspiro—. Jacques, ¿cree usted que pudo ser René Tissier?

—Él, o cualquier otro. Pero por el momento, es nuestro sospechoso número uno. Aún no sabemos si venía de su *bungalow*, o volvía sobre sus pasos, para justificar su respiración jadeante y su sudor, si recorriamos uno a uno los alojamientos.

—Sí, eso que dice Jacques, tiene sentido —reconoció Marcel, vivamente—. Todo esto empieza a ser arriesgado para todos nosotros. Ahora se conformó con golpear, pero ¿qué puede hacer la próxima vez, Susan?

—Sí, es algo a tener en cuenta —aceptó su prima. Me miró, al indagar—: Jacques, ¿es mucho el daño sufrido por la computadora?

—Por fortuna no. Sólo quebró un panel, y estuvo a punto de incendiar un circuito. Pero pudo evitarse eso. Era el contacto con la «memoria». De nuevo lo intentan, es evidente. Quieren borrar cuantos datos almacenamos sobre esos cuatro.

—Pero ¿por qué? Apenas si hemos empezado...

—Eso, el culpable no lo sabe. Quizá no sepa mucho sobre computadoras. Y actúa un poco a ciegas, precipitándose en sus actos... —Me encogí de hombros—. Lo cierto es que...

Me detuve. Ellos me miraron, esperando mis palabras. Yo no seguí, por el momento. En vez de ello, tras aguzar el oído, me precipité violentamente hacia la puerta del despacho en donde estábamos charlando, y la abrí con brusquedad.

—Vaya... —dije, al descubrir a la persona que estuvo a punto de caer, al verse sorprendida apoyada en la hoja de madera, con el oído pegado a la misma—. ¿Cómo se explica esto, señorita D'Arc?

La volcánica morena, de los grandes senos, me contempló sin responder, repentinamente pálida.

—Espero que haya alguna explicación para esto, señorita

D’Arc

—dijo fríamente Marcel Giradoux, clavando en ella sus ojos penetrantes.

—¡Oh, deben excusarme...! —murmuró ella, enrojeciendo vivamente—. He sabido que ocurrió algo esta noche... y al oír voces aquí, quise enterarme de lo que realmente sucedía. Les aseguro que no hay nada más... Lamento mi comportamiento, pero... pero no pretendía molestarles, palabra.

—Señorita

D’Arc,

no se trata de que nos moleste usted o no —dijo con frialdad Susan—. Estamos buscando a alguien que quiso dañar una computadora y nos agredió al señor Villard y a mí, ¿comprende? Está usted transitando por una zona donde no está justificada su presencia, ahora. De modo que vuelva a su alojamiento, o nos hará sospechar de su comportamiento.

—¡Cielos, yo...! Yo no tengo nada que ver en todo eso... —Se mostró inquieta, preocupada. Me miró a mí como si yo pudiera ser su cable de salvación—. El señor Villard sabe que no puedo ser... una persona peligrosa para nadie.

Los Giradoux me miraron con cierta sorna. Carraspeé, tratando de mostrarme digno.

—Señorita

D’Arc,

yo sé muy poco sobre usted. Su trato es agradable, y su aspecto es encantador, pero eso no significa nada. Será mejor que obedezca a los doctores Giradoux. Ellos son responsables de todo lo que aquí se hace.

Jeannette, evidentemente airada por mi comportamiento, dijo algo entre dientes, dio media vuelta, y se ausentó. Marcel me miró, irónico.

—¿De modo que usted conoce bien a la chica? —comentó, burlón.

—No en el terreno que usted insinúa —corté—. No puedo saber si es inocente o finge ser lo que no es. Tampoco soy Gamma, la computadora. No puedo darle un diagnóstico concreto de culpabilidad sobre nadie.

—Claro, Villard —aceptó Marcel, sonriendo—. Perdone la broma. Creo que todos estamos un poco nerviosos con estos sucesos. Puede retirarse. Y gracias por todo. En lo sucesivo, vigilarémos mejor las máquinas, por si se repite el intento de sabotaje.

—Sí, será lo mejor —asentí—. Es evidente que a alguien no le gusta este juego. Y que tiene miedo. Auténtico miedo.

—Miedo... —comentó Susan Giradoux, cuando yo salía de allí—. He repasado su programación sobre los cuatro personajes objeto de nuestro experimento, Jacques. Usted destaca la palabra «miedo» con uno de ellos en especial.

—Sí —suspiré—. Charles Duprez. Es un hombre asustado, inquieto. Le preocupa todo esto, es evidente.

—El miedo no siempre es un signo de culpabilidad, Susan —le hizo notar su primo.

—Ya lo sé. Hay asesinos que jamás se asustan por nada. Tío Pierre lo decía siempre... Bien, Jacques, eso es todo. Gracias una vez más...

Salí de la estancia, sumido en mis reflexiones. Ellos estaban preocupados, era evidente. Tanto Marcel como su prima Susan sentían cerca de sí la proximidad del peligro, la presencia de alguien que significaba un riesgo para todos. Yo también podía sentir esa rara impresión.

Lo peor era saber que alguien, allí dentro, era un asesino dispuesto a todo para no resultar desenmascarado. ¡Y no saber quién era esa persona...!

* * *

Me resultaba difícil dormir.

Mi sueño era inquieto, salpicado de extrañas pesadillas de hombres sin rostro, que de repente se transformaban en morenas, de opulentos pechos, para finalmente aparecer ante mí con una arma para asesinarme, y el rostro convertido en el de una calavera.

Desperté, agitado, sudoroso, y me senté, fumando en silencio, para rehacer mis nervios fatigados por tanta emoción. A veces también tenía pesadillas en las que la guillotina era protagonista. Resultaba inevitable, después de todo. ¿Cómo no soñar con algo así?

Ahora era diferente. Me preocupaba lo de allí dentro. El criminal

alojado dentro de la Fundación. El enemigo anónimo. El que había traicionado a su país, el que había saboteado las máquinas, el que había matado a Gaby, el que ahora nos había atacado a la doctora Giradoux y a mí.

¿Quién? ¿Quién? Era una pregunta enloquecedora.

Recordé vagamente los hechos anteriores, cuando Alain Villard y no Jacques, había programado la computadora y acumulado datos en la memoria electrónica. Entonces fue cuando empezó todo. Borraron los datos, anularon las conclusiones de la máquina y, por ende, todo lo que conducía a una identificación y a un diagnóstico final. Ahora habían intentado hacer lo mismo, pero no podía por menos de pensar en algo que me daba vueltas en la cabeza.

El criminal, evidentemente, no sabía mucho de computadoras. Había intentado destruir el circuito de conexión con la «memoria» central, pero no el conducto destinado al examen de nuestros cuatro sujetos, sino a la «memoria» anterior, casi totalmente borrada, aunque ahora con nuevos datos renovando sus conocimientos.

Me puse en pie. Di unos paseos por la estancia. También en la primera ocasión, el agresor había demostrado desconocer las computadoras y su manejo. Borró absolutamente todo, incluso aquellas grabaciones de datos hechas con nosotros mismos, el personal de la Fundación. Ahora, habíamos vuelto a mezclarnos con ellos, para evitar sospechas de los cuatro funcionarios del Gobierno, y de nuevo el error del criminal procedía a intentar borrar lo que para ellos menos trascendencia tenía: la «memoria» que recogía nuestros propios datos.

No podía estar en esta incertidumbre de ahora. Quería comprobar si no había borrado alguna cosa, antes de golpear la máquina brutalmente. Tal vez no era ése el primer ataque que sufría Gamma...

Me vestí con la bata reglamentaria, salí de mi alojamiento, y me encaminé al pabellón central. Habían reforzado la guardia, pero yo tenía permiso para entrar, y los vigilantes comprobaron mi tarjeta de identificación y mi propia identidad, dejándome luego paso.

Llegué a mi sección, y entré en la cabina de Gamma. Alrededor mío, a estas horas, todo era silencio y oscuridad, salvo la luz procedente de la nave central de computadoras.

No encendí las luces. En vez de ello, comencé a manipular en

Gamma. Luego, tras una serie de manipulaciones rápidas, hice funcionar la grabación de nuestros datos personales. Complacido, observé que todo estaba en orden. No habían llegado a borrarlo, por fortuna. No es que significara mucho, porque los datos de los cuatro sospechosos iban en otro bloque de «memoria» electrónica, pero los datos humanos computados, eran siempre un buen índice para la computadora, que actuaba mejor cuantos más informes y referencias de diversas personas alojaba en su cerebro cibernético.

De repente, estuve seguro de que algo ocurría a mi espalda. Fue sigiloso, apenas audible. Un leve roce. La seguridad de «una presencia» humana en mi cabina. Me volví rápidamente, con sobresalto.

No pude hacer más. Nuevamente, alguien fue más rápido que yo, y me golpeó de modo violento en el rostro y cráneo. Vi una silueta borrosa, imposible de identificar, y un rostro cubierto con algo oscuro.

Caí sobre mi computadora. Y allí debí quedarme, sumergido en la oscuridad de la inconsciencia, porque no supe nada más.

CAPÍTULO IV

—¿Cómo va eso, Jacques?

Me quedé mirando torpemente al que me preguntaba. Tardé en reconocer a Marcel Giradoux, pero finalmente lo logré. Sacudí la cabeza, con un gemido. Sentía como si dentro de ella se agitaran mil gatos furiosos, llenando de ruidos y de confusión mi cerebro.

—¡Oh, no puedo estar peor...! —gemí.

—Tuvo suerte. Le pegaron fuerte, pero no hay herida. Sólo hematomas... El médico dice que no es grave, Jacques...

—Empiezo a pensar que trabajar con ustedes no es nada seguro —murmuré, logrando recordar al fin que Jacques era yo, y que había dejado de ser Alain a todos los efectos—. A cada momento sucede algo en este endiablado lugar...

—Antes no ocurría así, se lo puedo asegurar —el joven Giradoux frunció el ceño—. ¿Por qué se le ocurrió venir de madrugada aquí?

—Estaba preocupado por algo. Quise comprobar que no se habían borrado los datos grabados, doctor.

—Pues alguien pensó lo mismo que usted, con muy diferentes motivos —se quejó él—. ¿Estaban borrados, entonces, esos datos?

—No, en absoluto —negué.

—Pues ya lo están.

—¿Qué? —Me incorporé con un respingo de sobresalto.

—Lo siento, amigo mío. Durante su inconsciencia, el agresor se despachó a gusto. No tuvo mucho tiempo, porque alguien pasó, inspeccionando, y le vio caído ahí. Dio la alarma, y el agresor se evadió de alguna forma que aún no sabemos. Pero para entonces, ya había sido borrado un bloque de «memoria».

—¿Cuál? —pregunté, excitado.

Me lo mostró. Me quedé contemplando el punto donde alguien

había manipulado durante mi desvanecimiento. Marcel Giradoux tenía razón. Puse en funcionamiento el mecanismo. No surgió sonido alguno. Ni datos por la computadora. Estaba sin informes almacenados en su «memoria». Todo borrado.

—Borrado... —murmuré—. Me lo temía... Borró lo que no tiene utilidad para él.

—¿Quiere decir... que borró el resto de datos computados?

—Sí —asentí—. Los nuestros, doctor Giradoux. Eso demuestra que el intruso no conoce el manejo de las computadoras. Sólo tiene una leve noción, pero confunde los bloques de «memoria», pese a que todos ellos han visto funcionar a Gamma durante los *tests*...

—De modo que el culpable es un completo ignorante en electrónica —dijo Marcel.

—Algo así —admití, pensativo. Luego, me eché a reír, de pronto.

—¿De qué se ríe? —Me miró Marcel, perplejo.

—¡Oh! Es que tuve una idea repentina esta noche... —dije, riendo todavía—. Me temí que el saboteador cometiera ese error, privándonos de unas referencias muy beneficiosas para la forma de actuar la máquina sobre los datos del comportamiento humano... y trabajé en ellos antes de ser agredido. Evidentemente, mi agresor nunca sospechó lo que yo había hecho, como resulta lógico en un profano.

—¿Y es...?

—Grabé todo lo memorizado hasta entonces —dije, abriendo un compartimento y sacando un tambor de cinta magnética—. Es decir, tengo aquí todo el bloque de datos recién borrado, y sólo basta grabarlo otra vez en la cinta de «memoria»...

—¡Eso es magnífico! Aunque no sea decisivo, nos evita un nuevo trabajo...

—Un trabajo que quizá ya no nos molestaríamos en hacer, puesto que por dos veces nos han borrado nuestros propios datos y *tests*, y no merece la pena otra cosa que investigar única y exclusivamente a los cuatro sospechosos, para ahorrar tiempo y dinero a la experiencia ordenada por el Gobierno. De modo que no hay que lamentarse porque se borrara lo grabado. No se perdió absolutamente nada.

—Le felicito, Jacques. Tuvo una gran idea. Es usted aún más hábil que su hermano. Y mucho más imaginativo.

—Gracias, señor —dije, ocultando lo mejor posible mi ironía. Tomé conmigo el tambor grabado, y caminé hacia la salida—. Ahora, intentaré dormir un poco...

—¿Adónde va con eso, Jacques? —se sorprendió Marcel Giradoux.

—A mi alojamiento —suspiré—. No pienso separarme de esta cinta hasta que no esté grabada de nuevo... No quiero correr más riesgos.

Y salí en dirección a mi alojamiento, con el tambor de cinta magnética en mis manos.

Dormí apaciblemente esta vez. La grabación estaba conmigo, y sabía que el criminal no había conseguido absolutamente nada positivo con su nueva intentona. Lo cierto es que aunque tal grabación no valiese nada, por ser datos de los que formábamos parte de la Fundación, y no de los cuatro sospechosos, era como un pequeño triunfo sobre el invisible culpable que nos traía en jaque a todos.

Al despertarme, ya era bastante tarde como para vestirme, asearme e ir inmediatamente al trabajo. Lo hice con rapidez, y tomé la cinta grabada, depositándola en una reproductora de mi alojamiento, que fue repitiendo los datos computados allí. Los escuché atentamente, sin descubrir nada notable en mis propios datos, en los de los Giradoux, la doctora Pierreux y demás personal de la Fundación.

Luego, con la grabación en mis manos, partí hacia el pabellón de electrónica. Aún no se había iniciado la tarea del día, de modo que me acomodé ante Gamma, preparando la grabación y empezando a repetirla en la memoria recién borrada, para que almacenase de nuevo los datos.

Una vez terminada la labor, ante la ausencia de personal todavía, ya que el trabajo se debía haber aplazado de hora, a causa de los sucesos de la noche anterior, puse en funcionamiento a Gamma, más por entretenerme que por una razón estrictamente laboral.

Se me ocurrió una pequeña travesura, y la llevé a cabo. Solicité a la computadora un informe sobre nosotros, basado en aquellos datos y en sus referencias memorizadas. El *test* pasó a la computadora central, y ésta me transmitió el diagnóstico sobre

todos nosotros.

Extraje la tarjeta escrita, con curiosidad, y comencé a leerla.

Era divertido en principio, sí. Leí mi propio nombre y diagnosis, con asombro:

«Jacques Villard. —Personalidad confusa. Muy semejante a su hermano Alain. Demasiado semejante, a veces. Parecen la misma persona».

Por fortuna, pensé, los sospechosos no leerían ese diagnóstico tan preciso sobre mí. Seguía el joven Marcel Giradoux. Según la computadora, era frío, inteligente, cortés y poco ambicioso en otra cosa que no fuese su profesión.

Detrás iba el diagnóstico de su prima Susan.

Lo leí:

«Susan Giradoux. —Se repiten los hechos y circunstancias de anterior diagnosis. Todos los indicios revelan igual existencia de paranoia criminal. Gran ambición. Criminal en potencia. Cruel y agresiva, bajo una capa de afabilidad serena. Indicios claros de culpabilidad en delitos criminales anteriores. Complejo que indica posible culpa en muerte accidental de su tío Pierre Louis. Pudo no morir de accidente. Es lo que indican los datos psíquicos de la examinada».

Me quedé helado.

Susan Giradoux. La prima de Marcel. Sobrina de Pierre Louis Giradoux, fundador de aquella institución científica...

CRIMINAL EN POTENCIA.

Y más...

¡INDICIOS CLAROS DE CULPABILIDAD EN DELITOS

CRIMINALES ANTERIORES!

—La doctora Susan Giradoux... —murmuré, con horror—. ¡No es posible...!

—Sí, Villard. Es posible —susurró la voz a mi espalda—. ¿Comprende ahora por qué borré todo, una y otra vez? Esos necios buscando un traidor... y la computadora señala que aquí había un asesino...

Me volví. Miré fijamente a Susan Giradoux. Había apoyado en mi cuello algo: una aguja hipodérmica, unida a su correspondiente jeringuilla. Pinchaba mi piel.

—Usted... —murmuré.

—Si se mueve, clavaré esta aguja en su cuello. Contiene un poderoso veneno. Muy rápido...

—De modo que era eso... —murmuré—. Buscaban un traidor... y el criminal estaba aquí, en la Fundación. Entre nosotros... Usted mató a su tío, para heredar su fortuna junto con Marcel, aunque él es inocente... Usted cometió el sabotaje anterior. Y todos los demás. Usted..., ¡usted mató a Gaby Morel!

—Sí, Villard. *Monsieur* Alain Villard —me dijo, fríamente—. ¿A quién creía engañar con esa identidad suya? Yo también busqué en la computadora un informe sobre usted... y lo tuve.

La miré, alarmado. Siempre había sabido que yo era Alain. No engañé a nadie. Ella era demasiado lista para ser engañada fácilmente. Ahora iba a asesinarme, quizá sin dejar huella del crimen. Como debió matar a su tío, planeando un falso accidente de coche en su momento oportuno...

—La felicito —dije fríamente, sintiendo aquel aguijón diabólico en mi cuello—. Es muy inteligente, doctora... Supongo que no hay modo de pactar con usted...

—No —negó—. No hay modo. Tiene que morir. Es inevitable. De todos modos..., nadie vendrá a ayudarle, no lo dude. Cambié la hora de trabajo de hoy, aplazándolo en dos horas. Todos fueron informados, excepto usted. Convoqué una reunión para dentro de media hora, en otro pabellón. Todos están allí esperando. Yo vine aquí, porque desde que Marcel me explicó su idea de conservar una grabación de la «memoria» última, tuve miedo que estuviera sobre la pista real...

—En eso se equivocó. No era así. Pero resultó bien, pese a todo.

—Y mal para usted, Alain. Le encontrarán muerto. Un colapso. El veneno no deja huella. Se diluye en la sangre...

La contemplé con frialdad. Sin posibilidad de luchar por mi vida. Al menor movimiento, la aguja penetraría inexorable.

—Sí —dije—. Usted piensa en todo, doctora. En todo.

* * *

Bueno, pensó en todo. O casi en todo, para ser más exactos.

Súbitamente, la voz sonó desde la puerta de mi cabina:

—Cuidado, doctora Giradoux. No clave la aguja. Sería inútil. Soy testigo de esto. Y he abierto antes los micrófonos de comunicación. Toda esta escena ha sido oída en el pabellón donde esperan los demás... Ya han llamado a la policía.

Ella miró asombrada a la puerta. Yo también.

—¡Usted! —dijo ella—. ¿Qué significa esto?

Jeannette

D'Arc,

la opulenta morena de los grandes senos, sonrió, entrando en la cámara. Llevaba una pequeña automática en su mano. Parecía muy segura de sí ahora.

—Hubo que jugar con usted como el gato con el ratón, doctora. El comisario Renaud sospechaba algo más que la presencia de un traidor. El comisario sabía que había un criminal en otro lugar... Y me eligió a mí como aparente sospechosa... Soy la agente

D'Arc,

de la Sûreté, del Cuerpo Especial Femenino de Policía. Mi identidad fue falseada, como presunta funcionaría del Gobierno. Siempre estuve vigilando, para ayudar a Alain Villard en su difícil y peligrosa misión... ¿Qué decide, doctora? ¿Matar a un hombre, pese a su fracaso final? ¿Vale la pena sacrificar una vida más?

—No, claro —silabeó ella, con increíble, terrible serenidad. Retiró de mi cuello la aguja, con una helada sonrisa—. Ya no. No tengo nada personal contra Villard. Ni lo tuve nunca. Tampoco contra Gaby Morel... Pero tenía que hacerlo, para deshacerme de él, de sus grabaciones, de todo lo relativo a mí...

—El diagnóstico electrónico resultó cierto —dijo Jeannette, sonriendo—. Vamos, doctora. Esta actitud suya, puede que sirva

para salvar su vida...

—Lo dudo —suspiró ella. Me miró, con cínica ironía—. Ya ve, Villard. Usted conoció la experiencia de la guillotina. Pero yo la conoceré más a fondo. Hasta sus consecuencias finales...

La admiré interiormente. Era cruel. Despiadada, feroz casi. Pero increíblemente serena, dueña de sí, elegante en su fracaso final.

* * *

—¿Una copa de *brandy*, Alain?

—Sí, Vanessa, gracias...

Me sirvió lo pedido. La música sonaba en su tocadiscos. París, allá, fuera, estaba triste y lluvioso. Pese a ello, era un hermoso día para mí. Y también para ella.

—De modo que me reconociste en el cementerio... —dije, con cierta amargura.

—Inicialmente, no. Luego..., el corazón me lo dijo.

—El corazón... —suspiré—. Valiente actor estoy hecho. Todas las mujeres lograban reconocirme sin dificultades.

—Tal vez porque todas las mujeres se enamoran de ti un poco —rió la inglesita, mirándome con ternura.

—¡Oh, cielos...! —Moví la cabeza—. Sólo faltaba eso... ¿También la doctora Giradoux?

—También. ¿Por qué crees, si no, que te perdonó la vida en el último instante?

—No, no. No te inventes nuevos romances, Vanessa, por favor...

—No me los invento, Alain. Siendo tan seductor, ¿por qué has venido a mí?

—Pensé siempre en ti. En la prisión, en mis sueños, en estos últimos días... He acabado por comprender que eres tú quien me atrae...

—¿No hay nada entre tú y esa bella policía que te ayudó?

—Jeannette... —Sonreí. Negué con la cabeza—. No, nada.

—¿Seguro?

—Seguro. ¿Por qué había de haberlo?

—La vi el otro día, cuando asistí contigo a esa vista preliminar contra Susan Giradoux. Te miraba de un modo especial. No como miran los policías, aunque sean mujeres.

—Te puedo asegurar que no hay nada. Sólo que fuimos

compañeros de aventura.

—¿Y... nada más?

—Nada más —reí.

—Eres todo un caballero, no hay duda. O no quieres confesarme la verdad. Pero espero que todo sea ya cosa del pasado. Soy bastante celosa, Alain.

—Yo también —afirmé, muy serio.

—Alain... —Se lanzó en mis brazos y me besó.

Yo la besé a ella. Fuera, seguía lloviendo. Pero el día, para nosotros, era radiante.

* * *

Susan Giradoux fue condenada a la guillotina, pero esta vez el presidente de la República conmutó su pena, quizá por ser una mujer.

En el fondo, pese a cuanto me había hecho sufrir, me alegré de ello. No me hubiera gustado llevar en parte sobre mi conciencia una muerte así.

Era demasiado feliz con Vanessa, para que nada nublase esa felicidad...

FIN

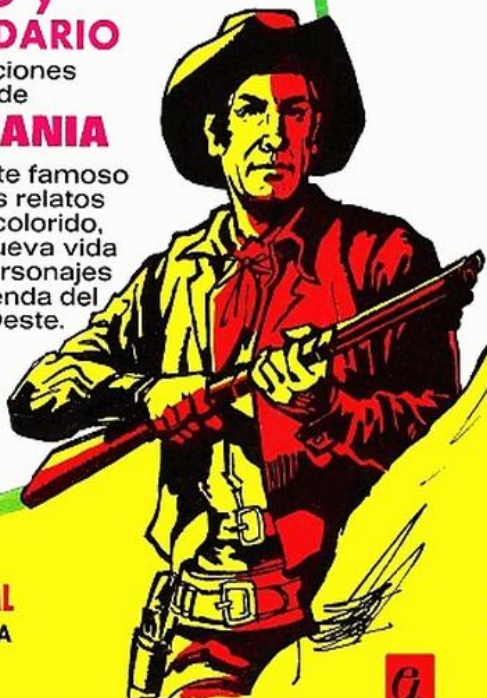
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 18 PTAS.



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.

Notas

[1] Segunda Oficina, nombre aplicado en Francia a su Servicio de Inteligencia. < <

[2] Célebre personaje histórico, un policía infalible que creó sus propios métodos, su policía personal, poco o nada ortodoxa, en el siglo XIX. Iniciado como delincuente, terminaría siendo investigador de gran astucia y eficacia, escritor y novelista, siendo el verdadero organizador de la Sûreté, o Policía de Seguridad de Francia. < <